REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII | San José, Costa Rica | 1952 | Sábado 15 de Marzo | Nº 15

Año XXXII — No. 1135

Don Fernando ORTIZ, el Maestro fuerte

Colaboración de *Fernando G. CAMPOAMOR*

Palabras en la comida-homenaje ofrecida por los intelectuales, a iniciativa del PEN Club de Cuba, la noche del 9 de Octubre de 1951.

No habrá Cristo ni apóstoles en nuestra mesa, pero es mucho decir que tampoco hay Judas. Sin óleos de santidad, aunque sin azufre de traición, todos somos alimentados con pan de cultura. Serán pan ázimo, sin levadura, para el judío; hostia y milagro de eucaristía para el católico; o pan de moyuelo, o de trigo candeal, pero siempre será la siega de puras semillas amasadas con agua humilde, horneadas, cocidas para sano alimento. Todavía, mirando a las estrellas, el hombre puede comerse su pan de fe o su pan iconoclasta en mesa libre, porque hay quienes, como Don Fernando Ortiz, han vivido en desvelo para que el mundo no derive a tribunal de inquisición.

Se encuentran palabras poseídas de tanta luz, que operan sobre uno, a quema piel, marcándonos la ampolla de su fuego solar. Así la confesión de Frank Harris: "He llegado a aquel momento de la vida en que puede uno permitirse el lujo de ser audaz, hasta el lujo de ser uno mismo, indiferente a los pícaros y a los necios y a cuanto puedan hacer los demás. El viaje para mí ha terminado; estoy a la vista del puerto; como un buen marino, he acortado la arboladura y arriado el velamen falaz, en espera de largo ancoraje; ya no tengo nada que temer".

Don Fernando Ortiz ha sido audaz desde que soltó las amarras, y está lejos de anclar. Su acento es la audacia, si se entiende de equivalente a caminar la vida con visera en alto y a cara descubierta, soplado por una llama de verdad que, como los mechurrios de los pozos petroleros, sube su presión desde los estratos profundos. La verdad es su espina dorsal y le sujeta a la tierra por fuerza de gravedad. No la ha violado. No podría violarla. Y aunque amenaza con riesgos cuando se la desnuda y es áspera, queda uno sereno, con el pecho en reposo.

De otra fórmula, indefinido, nadie tiene flus para hablar de cultura, que es milicia. Que callen los acomodados en el colchón de la neutralidad. La voz es para los militantes, para los agredidos, para los agresivos. Y ese es el grupo sanguíneo de Ortiz. No se elige por deporte una existencia tan asaltada de problemas. Viene con el temperamento y se la siente como imperativo, como espuela, más cuando la herencia de José Martí golpea a diario como un mandato.



Fernando Ortiz
(1941)

No es oportunidad para lectura de una ficha de libros, ni de un guión biográfico. Muy al contrario, esta cita tiene santo y seña: aquí nos agrupa el saber bien sabido lo que encarna la vida de Ortiz. Y la obra, para decirlo en frase de Goethe: "es una forma más de la vida misma".

Desde que le diploman universitario en Madrid —luego será en Barcelona y La Habana—, nadie ha ido por estas tierras ligeras y coloristas de modo tan tenaz y vehemente al encuentro del hombre como cifra humana. Por todos los caminos convergentes de la ciencia, sin desaliento ni atajo, hace blanco de sus flechas en ese único vértice. Es la razón de la variedad y unidad del sabio. Para ir al hombre por vías científicas hay que abordarlo desde sus edades remotas, rastreando en la tierra y en los huesos. Y trayendo en la mano cráneos, fémures y vértebras, situarlo en lo actual, enfocarlo, registrarlo, con instrumentos de sociología, estadística, geografía política e historia, hasta que el estudio entregue las claves.

No es un *hobby* de Don Fernando Ortiz su persistencia de martillo sobre las culturas indígenas y africanas. Lo racial es punto de mira hacia el fondo del país. Cuando reconstruye las cuatro etapas precolombinas o persigue la huella del negro trasplantado, del retoño negro, hasta el aliento silvestre de la selva, es por traernos con óridas el potro cerrero del pasado, sin que nada nos quede en la penumbra de nuestro habitante, del autóctono y del aluviónico. Tenemos ahora arquitectura, canto sobre canto, porque Ortiz nos encontró piedra y argamasa. Sabemos quienes somos, porque nos identificó. Lino Novás Calvo escribe que "ha enseñado a dos generaciones de cubanos cosas más originales y más cubanas que ningún otro cubano".

Afirmamos, sin asomo de hipérbole, que es la suma de la cultura insular. Quien lo desmienta, es un mentidor. Enrico Ferri, acusando recibo al *Proyecto de Código Criminal Cubano,* en 1926, le dice: "Si su patria acepta como ley el referido proyecto, Cuba se pondrá a la vanguardia de todos los países civilizados en la reforma de la justicia penal". Ferri y Lombroso influyeron noblemente la juventud de Ortiz. Italia suda por los poros de sus ensayos de sociología y criminología. Después, en su abertura de compás, también le nutrirán angloamericanos y franceses; éstos en tono menor.

"Sin el negro, Cuba no sería Cuba". Y al negro entrega vigilias cuando había "una polémica en torno a este trágico tema, embebida de odios, mitos, cálculos y romanticismos". El fenómeno de la transculturación negra le adentra en un "complejísima maraña de supervivencias religiosas, procedentes de diferentes culturas lejanas y con ellas variadísimos linajes, lenguas, música, instrumentos, bailes, canto, tradiciones folklóricas". Su obra negra —si se nos permite bautizar— es el principio y fin de lo que conocemos sobre el grupo étnico que nutre y mestiza el porvenir. La órbita de esos estudios tiene un simpático abc en el folklore. No quiere decir —no le gusta a Ortiz oírlo— que sea folklorista, lo que siendo pintoresco, no es más que una especie en la sazón del hombre. Tampoco le tengan por erudito genéricamente, como maniático de erudición, de eso que casi entumece. Ortiz no conoce la parálisis, porque no entiende la cultura como un régimen dietético. Activo, sin ortodoxia, mira al erudito *per se* como a esos árboles secos, leprosos, que son siluetas de esterilidad. El conocimiento ha de sumarse febril y dialécticamente, dando prole, repartiéndose, desdoblándose en promedio humano.

Donde pone la acción no hay sectas ni exhibición, ni juegos florales ni cantos. El simulador se asfixia al lado de Ortiz bajo campana neumática. Un sentido práctico, operante, cerebral, sustancia el grosor de sus empresas. Viven mientras tienen temperatura libre y cuando un aire de violencia dificulta llenarse el pulmón, antes de vivir yermas, cierran la carpa.

Un día "las fuerzas del oscurantismo" quisieron volvernos al kilómetro cero, y Ortiz, en líder, hizo frente al fascismo y sus parientes espúreos de la hispanidad. Nunca se ha comido la lengua, nunca ha representado papel de mudo. Sin pesar desventajas, a lo maldito ha llamado maldito. Es un maestro fuerte, es un tónico. Como los manzanos de Eduardo Mallea, carga tiempo y carga fruto. Hay que irle a las raíces de su brío, que están en la Montaña y en los vascos, en su niñez de Menorca, porque le ha perseguido un destino de isla, para que las fronteras, lejanas, le dieran perspectiva cósmica.

Dijo hace cinco lustros: "No se salva un pueblo que no se salve solo". Por salvar a Cuba del virus nativo y de la uña extranjera, ha revisado los fundamentos de la patria. Dicho de pronto, significa renovar el hecho histórico falsificado, alzarse en el parlamento, en la tribuna, en la cátedra, en el texto, destapando nuestras culpas y sus corolarios. Y sin perder un arma —el humor— que es una saludable válvula. Nos recuerda a Ossorio y Gallardo: Siendo tan distintos, no eran tan distantes.

Por el costado y por la espalda hay vecinos indeseables. Encima —y el adverbio es de gran precisión geopolítica—, encima hay otro con carta democrática, pero usa leyes Jim Crow para los negros y vende noticias como mercancía. Solos, de frente a todos los frentes, se salva un pueblo. Pero se empieza poniendo la casa en orden y se acaba parando en seco al invasor. La casa limpia de infección, sin vicios coloniales importados con las pragmáticas reales, como es el relajo, el poco más o menos, la tembladera. Esa es la culpa criolla.

A guisa de maldición, un letrado chino escribía a su peor enemigo: "Te deseo que vivas en una época interesante". Interesante es la nuestra: anublada, terrible. A la bomba de hidrógeno le añadirán cobalto para aumentar la radioactividad, para hacer del mundo un llano de socavones, un paisaje lunar.

Hay que resistirla con la vida. La vida se impondrá siempre. Mientras haya categoría a lo Fernando Ortiz, habrá resistencia y horizonte abierto. Con gente así no volveremos a la edad de piedra. Con gente vital, vitalicia, que aprieta las células con los años, cual los troncos arrecian.

Los libros sillares de Ortiz servirán en lo adelante para tirar la plomada y subir paredes verticales. Son un crédito ya. Pero vayamos al paso con este hombre añejo, que mejora como los vinos, y cada invierno es más vigoroso. Al paso con él que renuncia el derecho a detenerse. En sus días de madura juventud no se resigna con los recuerdos de las luchas bien ganadas ni se pone a mirar, impasible, el desplome de las hojas de otoño bailando en el aire tibio sus colores sepias. La nostalgia queda para los hombres que se despiden y aún tiene él la ansiedad de la primavera, el afán de renovarse en hoja verde. A su sombra, a su fronda, juremos lealtad a la mesa que preside, al pan de cultura que es la hormona del hombre.

En La Habana.

Por la libertad de la idea

Por *Fernando ORTIZ*

(Es un recorte del diario *Alerta* de La Habana)

Palabras agradeciendo el homenaje que, a iniciativa del PEN Club de Cuba, le ofrecieron las instituciones culturales.

Apenas hace una semana que llegué de México, de asistir al trascendente Congreso Científico Mexicano como "invitado de honor" y, al regresar de las cumbres de Cuáuhtemoc y de Juárez a las playas de Hatuey y de Martí, me encuentro en este convite con que me agasajan los compañeros del P.E.N. Club.

Me dijeron que íbamos a festejar juntos, comiendo y bebiendo, y hablando, la aparición de mi primer libro hace cincuenta años; que, al final, puesto en pie diría unas palabras el señor Presidente de la agrupación; luego un joven literato de renombre leería una loa en mi obsequio y, como remate, yo tendría *naturalmente*, que dar las gracias. Mi corazón, víscera que en mí han descubierto los médicos, no pudo excusarse de esta expansiva camaradería; y ha llegado mi hora; la de expresaros a todos mi agradecimiento *naturalmente*, o sea de la manera más natural.

Ya habló el señor Presidente con frases finas como siempre y hoy muy bondadosas; ya leyó mi panegírico ese joven, uno de los primeros valores (¿por qué no decir valiente?) de la generación de ahora, que pone siempre en sus vibraciones y lúcidas prosas, como en su nombre, ecos de poesía y de amor. Y ahora me toca a mí. Para deciros mi reconocimiento os basta una palabra. ¡Gracias! Bien sabéis vosotros que ella es hondamente sincera y plena, aun cuando brotada de un corazón a menudo sin ritmo sano y palpitante con sangre a veces apesadumbrada y por los almibaramientos diabéticos. Todo fraseo adicional no sería sino adorno allegadizo y ni siquiera disculpable, porque yo carezco de facultades para el retórico artificio y habría de ser baladí y rutinero. Y ya aquí terminaría, si no me sintiera obligado a deciros algo, también con sinceridad cordialísima.

Tengo mis dudas, permitidme que os lo diga, de ser yo mismo el agasajado. De mi librejo primero sé que ninguno de ustedes lo conoce, salvo quizás algún curioso rastreador de polillas; yo no lo he vuelto a leer en estos pasados cincuenta anos, ni espero releerlo antes de que celebremos juntos su segundo cincuentenario, el año uno del siglo venidero. Y yo estoy aquí gozando de vuestra obsequiosa compañía sólo por un privilegio, demasiado arriesgado y a menudo abusivo, que suele otorgarse a los viejos, sólo por esos prejuicios de la *gerontocracia*, que atribuyen a los ancianos la sabiduría y hasta el poder. Pero os engañáis, ni yo tengo autoridad ni senectud para haberla adquirido a modo de un derecho de prescripción. Por fortuna para mí esta noche no soy entre vosotros sino el pretexto para reunirnos una vez más y juntar nuestros latidos cerebrales sincronizándolos con los del ambiente circunstancial, a cada hora más enrarecido como en el sofoco que precede a los huracanes.

Somos del *P.E.N. Club;* originaria y etimológicamente *poetas* por la P., *ensayistas* por la E., y *novelistas* por la N. Pero hoy día, más genéricamente, los del P.E.N. somos hombres de *péñola*, traduciendo así del inglés y a lo castizo esa sigla enigmática, para decirnos *escritores*, aún cuando no totodos seamos propiamente literatos en algunos de esos tres géneros ni en otros más. Y como escritores, hombres de letras o de ideas, de artes o de ciencias, no debemos pasar esta hora sin oír la voz angustiosa de nuestros hermanos en humanidad, los pensadores de todos los países. Precisamente en estas horas que corren, en los pueblos civilizados se clama ansiosamente por la defensa de la idea, por la independencia del pensamiento, por la libertad de expresión, por la soberanía de la ciencia. En el Viejo y en el Nuevo Mundo. En todo este Nuevo Mundo que aún no percibe claramente su imperiosa necesidad de rejuvenecer, por un nuevo redescubrimiento, el de su propia potencialidad, y por una última conquista, la de sí mismo. En estos días se clama por la libertad en México, en Washington, en Montevideo, aquí. En otros muchos países, en los más de ellos, ya ni siquiera se puede pensar sin peligros. Tras la guerra por *las cuatro libertades*, la victoria de las cuatro bestias apocalípticas.

Las restricciones ilegítimas o inciviles de la libertad no se motivan solamente por las desaforadas pasiones de las polémicas políticas, o por la politiquería, envilecida en el latrocinio cínico y en el crimen sangriento. No son sólo el periodista, el literato, el maestro y el poeta quienes se sienten cohibidos. La opresión alcanza a su Majestad la Ciencia, la Real Soberanía del Pensamiento Humano, que hoy se ve combatida en todo el mundo por poderosísimas fuerzas internas y ultrafronterizas.

Permitidme que os lea unos pertinentes párrafos del discurso de apertura del recientísimo Congreso Científico Mexicano, pronunciados por su Presidente, uno de los primeros antropólogos del mundo: "Estamos en un momento de grave peligro para la Humanidad; la ciencia, que no puede ser sino una servidora del hombre, sino un instrumento humano, está produciendo inventos que al parecer se están convirtiendo en espantables monstruos con vida propia, que el hombre no puede ya dominar, y que serán capaces de aniquilarlo".

"Los antropólogos sabemos —dijo el sabio Alfonso Caso— que las culturas y las sociedades humanas son perecederas, como los seres vivos; que imperios que parecían indestructibles, cuya vida se prolongó durante milenios, al fin y al cabo desaparecieron, y que los descendientes de los hombres que fueron capaces de construirlos, no tienen ya siquiera el impulso vital necesario para conservarlos. Sabemos que una sociedad y una cultura pueden morir, no sólo por la muerte lenta que produce la degeneración de sus valores culturales y morales, sino por la muerte violenta, asesinada, como tantas culturas que desaparecieron ante el paso arrollador de los ejércitos de conquistadores bárbaros que las hollaron bajo sus plantas. Pero lo que no sabemos todavía, y quizás nos está reservado a nosotros los hombres del siglo XX comprobarlo, es la muerte de una cultura por suici-

dio. Si nosotros no somos capaces de organizar nuestra forma de vida nacional e internacional, de tal modo que esté de acuerdo con los nuevos descubrimientos científicos, que colocan en las manos del hombre fuerzas verdaderamente cósmicas; si nosotros no somos capaces de resolver que por encima de la *voluntad de poder*, está la buena voluntad; nosotros o nuestros hijos veremos este caso insólito en la historia de la Humanidad, de una cultura que se mata a sí misma, creando las armas necesarias para su propia destrucción". Como allí se dijo, "toda organización social que persiga al hombre de ciencia por las ideas que expone; todo régimen político en el que la verdad sea *oficial* y no esté siempre abierta a la libre investigación; cualquier forma que se sugiere para obligar al hombre a tener miedo de sus propios pensamientos y cualquier sistema que trate de encauzar las investigaciones hacia resultados previamente determinados y conocidos, es incompatible con la esencia misma del pensar. Porque la libertad es para la ciencia la atmósfera que respira; sólo nutriéndose en la constante controversia con las opiniones de todos, con las verdades de todos, y diríamos más, con los errores de todos, la ciencia puede superarse; abandonar hipótesis y métodos caducos, para ofrecer al mundo nuevos caminos, nuevos posibles modos de entender al Universo y la vida".

Sólo la Ciencia Libre es la que puede dominar a sus propias criaturas; por eso el Congreso Científico Mexicano se abrió con una invocación a la Libertad. Y por eso se hizo eco de ella el cubano que tuvo a su cargo el discurso de clausura. "La reafirmación de este Congreso Científico ha reflejado los anhelosos apremios de la ciencia por la defensa de sí misma y de sus prerrogativas y libertades. En estos tiempos equinocciales de la historia, perturbados por los desvaríos de la fiebre ciclotrónica, la ciencia es a menudo negada, escarnecida, sujeta a mordaza, privada de libertad y hasta puesta en tortura. Hoy la ciencia puede decir, como el inmortal héroe azteca: "Yo no estoy en un lecho de rosas". Ciertamente, estas trágicas experiencias contemporáneas no son nuevas en la historia. Mucho tiempo ha que un rey guerrero, para ganar su batalla, pretendió nada menos que parar el curso del sol; y así, en repetidísimas ocasiones, muchos han intentado inmovilizar la ciencia en su parábola infinita y sopearla para su exclusivo servicio. No lo han logrado. *¡E pur si muove!* Pero todavía se persigue con obcecación en el insano propósito de quitarle a la ciencia su autonomía y de anublar sus luces verdaderas, tras cortinas de hierro, o de oro, o de humo. Y se obstinan en desprestigiar a los hombres de ciencia con calumniosos vituperios, echando injustamente sobre ellos las culpas de los desasosiegos y peligros que hoy sufre la Humanidad. Ya lo dijo hace siglos quien fué, en el tiempo, el primer humanista y antropólogo de América. "Es averiguada costumbre del mundo, dijo Fray Bartolomé de las Casas, que todos aquellos que pretenden seguir y defender la verdad y la justicia sean desfavorecidos, corridos, perseguidos y mal oídos; y, como desvariados, atrevidos y monstruos entre los otros hombres tenidos; mayormente donde interviene pelea de arraigados vicios; y la más dura suele ser la que impugnan la avaricia y la codicia; y, sobre todas, la que no puede sufrirse por terribilísima, si se le allega la tiranía". Y a través de los siglos aún no ha sido corregida esta "averiguada costumbre del mundo", que tanto refrena los progresos humanos.

Es pues indispensable seguir bregando por la libertad de la ciencia, por la del pensamiento y de sus hombres, y renegarles su independencia. Sin duda, la faena será larga y penosa. Exigirá ingentes sacrificios y esfuerzos incesantes; pero es también cosa "averiguada del mundo" que sólo así puede llegarse a una definitiva victoria.

Sólo llevando la Ciencia por guía podrá la humanidad alcanzar mejores tiempos. Sólo puede salvarnos ese neohumanismo creador que está enfocando las luces de todas las ciencias, de todas ellas, sobre los verdaderos valores humanos; los esencialmente *humanos*, que es decir más que *materiales;* los íntegramente *humanos*, que es decir más que *espirituales;* los *humanos* y nada más que *humanos*, que es decirlos *todos*.

Para ello es preciso que nos siga iluminando a todos la llama de la libertad. No nos adormilemos en el deleite de los recíprocos homenajes ni en las disipaciones irrespetables. Vivamos muy alertas, en razón, trabajo y estudio, y no en ese perenne y orgiástico festín que pudiera ser como el de Baltasar. El cubano que os habla desde lo alto de su pirámide de años ve horizontes muy sombríos. Y ha creído su deber aprovechar esta ocasión, de sagaz y obligado auditorio, para decirlo con franqueza. Muy pronto, 10 de octubre, sonarán de nuevo las campanadas de La Damajuagua. Año tras año, no han cesado de tocar en Cuba a rebato por la libertad. Y ahora vibran otra vez con nuevos timbres, como para una nueva redención. No ha perdido su actualidad el grito de *¡Viva Cuba Libre!*

Este gran Don Fernando

(Es un recorte de *El Nacional* de Caracas, 3-X-5)

"Por razones de salud, edad y trabajo, y por mi deber de aprovechar los años que me quedan en publicar el material cubano acumulados por mí en una cincuentena de años..." —escribía Don Fernando Ortiz, recientemente, al excusarse de no responder muy ampliamente a una encuesta promovida por una gran revista de nuestro continente.

He aquí un hombre que no puede considerarse como un escritor frustrado, no realizado aun, puesto que la lista de sus obras incluye treinta y cinco títulos de tomos que a menudo suman más de quinientas páginas. He aquí un hombre que no puede achacar al destino que le haya sido tacaño en premios de gloria, puesto que su nombre es admirado, reverenciado, en Europa y en América, y tiene ganada, desde hace muchos años, la lucha que todo gran espíritu libra contra la muerte y el olvido. He aquí un hombre que, por ser vástago de una familia de abolengo y por disfrutar de una holgada posición económica, podía gastar amablemente "estos años que le quedan" en viajar, distraerse, gozar de una fama justamente adquirida, descansar en medio de honores y recepciones. ¿Qué hace en cambio? Ya lo saben ustedes: está cumpliendo con "el deber de aprovechar los años que le quedan en publicar el material cubano acumulado por él en cincuenta años".

Pueden algunos envidiar otras grandezas. Para mí, solo es auténtica grandeza, la del destino cumplido, la existencia útil, la obra terminada. Que nadie, con verdadera talla de hombre, puede descansar en paz sin haber dicho lo que tenía que decir, sin haber aportado la comprobación de una verdad, por pequeña que fuera. Con esta tarea presente, D. Fernando nos ofrece un ejemplo magnífico de conciencia intelectual — conciencia que es, a la vez, altura y servidumbre. En aquella sala de paredes blancas donde trabaja, frente a la Universidad de La Habana donde tantas inteligencias contribuyó a formar, el investigador ha reunido documentos que son el fruto de medio siglo de búsquedas incansables. Es menester, ahora que ha sido cumplida la fase documental del trabajo, que el escritor ponga a vivir las fichas, ordene los hechos y testimonios, para que nada de lo acopiado y relacionado, en función de un pensamiento rector, se pierda. Falta todavía la techumbre de un edificio, cuya obra fué iniciada en 1906, con *Los Negros Brujos*, y se ha engrandecido todavía, en estos dos años pasados, con dos trabajos monumen-

tales: *La Africanía de la Música Folklórica de Cuba* y *Los Bailes y el Teatro de los Negros en el Folklore de Cuba.* Con su labor tenaz, nunca apartada de un propósito humanista, Don Fernando Ortiz quiso despejar la totalidad de las incógnitas que pesaban sobre el destino del negro de Cuba, y lo logró plenamente, explicándonos todo lo que estaba por explicarse, tocante a su música, plástica, lenguajes populares, sincretismo, ritos religiosos, bailes, supervivencia de cultos ancestrales —algunos de los cuales hincan remotas raíces en los misterios de la Grecia poseidónica. Obra de indagación, de afirmación, de humanismo americano, la de Don Fernando Ortiz, patriarca de las letras cubanas, rebasa, en mucho, el mero terreno de los libros. Gracias a él cayeron muchos prejuicios y conceptos errados, que gravitaban, con cruel peso de injusticias, sobre una realidad honda y hermosa, digna de interés y respeto. Muchos, muchísimos, son los que con Don Fernando aprendieron a trabajar y a comprender donde los reclamaba una labor realmente útil.

Al edificio de la obra ejemplar falta todavía el remate, que será construido por un libro sobre los tambores negros y una Organografía monumental. En esto trabaja ahora, "aprovechando los años que le quedan", este gran Don Fernando...

Alejo CARPENTIER

Don Fernando Ortiz

Por *Ricardo Riaño JAUMA*

(Es un recorte de *El Mundo* de La Habana)

Ahora noches, el P.E.N, Club de Cuba celebró un acto en homenaje de don Fernando Ortiz. Bastó sólo la mención de este nombre para que a su conjuro se reunieran los mejores espíritus de Cuba y hasta la nieta del "padre de la patria", Alba de Céspedes, muy conocida en Europa por sus novelas *Nadie Vuelve Atrás, Fuga,* tomó participación entusiasta de este acto, al estar de paso por La Habana y ser invitada de honor para esta sesión del P,E.N. Club. Fué a propósito que se escogiera el día víspera de la fecha del "Grito de Yara" para celebrar este ágape cordial en tributo de un héroe civil de la Nación como es don Fernando Ortiz.

No fué un simple ritual la cuestión de esta sesión-comida, ni mero formulismo para sobrellevar nuestra empresa de solidaridad y acercamiento intelectual, no. Fué algo más: una reparación al olvido en que se ha tenido a don Fernando Ortiz. Nadie con más derecho para convocar a este homenaje que el P.E.N. Club y para reivindicar del silencio a una de sus más ilustres personalidades. Se cumplía además el cincuentenario de la publicación en España de su primer libro, una tesis doctoral que él confesaba no haber leído nunca más y suponía que nadie de los que estaban tributándole sus aplausos la había leído y si la tenía sería más bien como mera curiosidad bibliográfica. En fin, el autor, con esa bonhomia que le es propia restaba importancia al motivo fundamental de nuestro acercamiento. La obra y la personalidad de don Fernando Ortiz no es para enjuiciar fácilmente. El es para nuestra cultura como una piedra miliar.

Al través de su próvida y larga vida ha ido sembrando ideas y enseñando a pensar, como en su momento hizo el Padre Varela, pero más laicamente. Su magisterio ha tenido la virtualidad de suscitar encantamientos, con ser de suyo ríspido, polémico y a veces gruñón. Tiene la frescura mental de cualquier hombre de nuestro tiempo, y ha sabido plantear los problemas de nuestro país con medular precisión. De ahí que haya sabido conquisatrse tantas devociones como maestro, como investigador y como persona. Quería el P.E.N. Club por tanto que un escritor de esta generación se hiciera cargo del discurso central de la sesión-homenaje, un escrito que pudiera encuadrarlo en su dimensión universal, americana, cubana. Y ese fué Fernando Campoamor que con sus palabras llenas de imágenes vigorosas exaltó la presencia espiritual de este animador de la cultura.

Don Fernando Ortiz ha tenido la rara virtud de ser uno de los Maestros más singulares de Cuba: su optimismo y su liberalidad no han decaído un ápice y parecen más bien acrecentarse ante los desfallecimientos ajenos. El ha ahondado en casi todos los problemas que afligen al hombre social y en casi todas las ocasiones se ha permitido dar, junto al diagnóstico del mal, el método de recuperación o de cura. Es un héroe civil de la vida pública, lleno de cicatrices invisibles por amar la democracia en todos los tiempos: una fuerza creciente de idealismo y de verdad. Sus estudios de antropología y sociología o folklóricos están llenos de hallazgos y observaciones originales, propia de una madurez científica nada común en nuestro meridiano. Sus ideas han penetrado en los problemas complicados de la vida de hoy que alcanzan proporciones universales, a y u d a n d o a esclarecerlos con una valiente y persistente vivisección anatómica de la sociedad. El es uno de los raros espíritus que en nuestro medio comprende por qué la humanidad está afligida y en ebullición, y lo comprende más porque ha ahondado el fenómeno político. En medio del desconcierto de pasiones y teorías que es el mundo de hoy, los pensadores de la calidad de don Fernando Ortiz escapan a cualquier clasificación. Es de la raza de aquellos escritores del siglo diecinueve que abrían brechas en las conciencias dormidas de los pueblos. Ortiz ha tenido el coraje de expresarse, sea cual sea la situación política predominante. El no ha padecido la influencia de morbosos y transitorios estados de ánimos. Su mensaje ha traspasado los límites geográficos nacionales y ha tenido una gran repercusión americana. Su persistencia tenaz de trabajador infatigable al cabo de cincuenta años de escribir y soñar, nos ha dado una rica cosecha de substantivas realizaciones. Su obra más representativa está entre el animador de las letras y de las ciencias etnológicas y el de mecenas intelectual de los espíritus más curiosos que ha tenido nuestro pueblo. Porque don Fernando Ortiz en cada momento histórico, ha tenido discípulos, ha irradiado luz, ha sabido fortalecer los ánimos caídos.

No quiero decir cuánto significan para el proceso de nuestra formacón intelectual esas dos instituciones ejemplares en América: la Sociedad Económica de Amigos del País, a la que él llamó "la hija ilustre del iluminismo" en una conferencia memorable y la que no alimentó sólo, sino funcionó, la Hispano-Cubana de Cultura. Desde los respectivos órganos de publicidad de tales instituciones, la *Revista Bimestre* y *Ultra*, ejerció un patriciado intelectual durante muchos años. Su influencia e ideas llenaron una época y hacia él han convergido, por eso, las almas más selectas y transformadoras de nuestra sociedad, porque además de hombre expansivo, generoso y acogedor, su optimismo y fe imantadores contrastan con el frío cálculo y el derrotismo de los entreguistas. Decía en un trabajo reciente Lino Novás Calvo que don Fernando "vivía en la crueldad de un ambiente que nunca sabe premiar a los hombres que más valen". Por eso el P.E.N. Club sabiéndolo bien, se ha esforzado en hacer posible un acto tan brillante como el que fué su última sesión, acto que quedará como uno de los más recordados y significativos de su historia.

Don Fernando Ortiz no es sólo uno de nuestros guías espirituales, sino que en la cultura americana es la voz más persistente y que ha alcanzado mayor radio de acción persuasiva por su sabor de eternidad, la voz que nosotros entendemos, porque nos habla a la mente y al corazón. Por eso el acto que se le tributó ha sido el acto por excelencia del P.E.N. Club, el más justo, el más resonante, el más grandioso.

La deuda, pues, que se tenía con don Fernando Ortiz ha sido saldada y nos enorgullece a la directiva del P.E.N. Club que haya sido esta institución quien ha servido para practicar la política del reconocimento y la gratitud a quien como el autor de *Contrapunteo del Tabaco y del Azúcar,* ha pensado tanto en Cuba y por Cuba. Recordemos una de sus frases más perdurables: "No se salva un pueblo que no se salva solo".

Historia Social

Estoy preparando, para una editorial francesa, una Historia del Movimiento Obrero en la América Latina. Como la bibliografía sobre el tema es escasa y difícil de localizar, agradeceré a los autores de libros, folletos y artículos sobre el movimiento obrero en los distintos paíser, conflictos, dirigentes, huelgas, partidos, ideología, sindicatos, etc., que me envíen sus obras o recortes y las indiciones de donde pueden encontrarse.

Muchas gracias.

Víctor ALBA

Lancaster 1
México 6, D. F. — México.

Está zuquiada

Es un cuento de *Ermida CANOSSA MORA* para el *Rep. Amer.*

—¿En la Rosa? Ah... no. Ahí no trabajo yo.

—Por lo menos ¿me haría un favor?

—Pues; a según.

—Dígame usted por qué.

—Es que ahí no. Está zuquiada.

—Dios poderoso! Pero cree usted en brujas?

—Ay, usted. Piense lo que quiera. Pero yo en terreno zuquiado no trabajo.

—¿Qué le puede pasar

—Todo lo malo!

Ya eran varios que así se negaban a trabajar. Zuquiada. Así decían que estaba su finca. ¿Por qué? ¿Cómo lo sabían? ¿Qué era eso?

En realidad, cuando se metió a esas regiones no le pareció muy acogedora la gente aindiada de por ahí, pero creyó que buena voluntad y trabajo incesante serían suficiente.

Empezó a luchar y luchar, duro, sin importarle lo que le rodeara. El pueblo era triste, silencioso y oscuro, lleno de resabios indios. Había unos cuantos señoritos, como los llamaban por ahí, que como él luchaban huyendo de la ciudad, medio surgiendo apenas ,agobiados por el clima y los insectos y la hostilidad de los nativos.

A ellos llegó a confiar su problema, después de la jornada, al caer la tarde, en la taquilla.

—¿Zuquiada? ¿Está zuquiada tu tierra?

—Así me dicen.

—Ni enredo que eso son cosas de don Anabel.

—¿Anabel? ¿Aquel cholo gordo con nombre de mujer?

—El mismo.

—¿Y qué tiene que ver con mis asuntos?

—Como eres nuevo, no sabes. Pero aquí todos hemos pasado por eso.

—¿Cómo así?

—Verás. Ese cholo con nombre de mujer, como tú dices, se precia mucho de su sangre india, y anda diciendo por todo que tiene muchos secretos de sus antepasados, y que sabe de magia y de medicinas de las viejas tradiciones de su raza. De vez en cuando comienza a correr la bola de que alguien o la propiedad de alguno está embrujada, y claro! como él tiene secretos añosos y poderes que ha desarrollado al estudio de jeroglíficos raros de sus sabios ascendientes, pues es el llamado a curar esos embrujos o zuquias, como él dice.

—Así que mi finca está embrujada.

—Sí, mi hijo.

—Pero no es cierto! Yo lo demostraré.

—No puedes. Nadie te creerá. Ningún peón pisará tus tierras, tal es el temor a las consecuencias.

Sólo don Anabel te la podrá curar... y tendrás que darle lo que te pida.

—Ah no! Yo veré. Yo los convenceré.

—No luches. El hombre es malo y poderoso. Ya ves, es dueño de casi todo por acá. Todas las fincas zuquiadas van pasando a su haber, en pago de sus intervenciones. Tú eres de afuera. Nadie te hará caso. El posee las voluntades de todos. Si parece sagrada su palabra. No luches con él.

—Dame otro trago.

—Tómalo, pero no te enemistes con él. Hazte el que nada sabes, y vas a pedirle consejo, para que te ofrezca sus servicios. Pero no bebas tanto...

—Deja. Qué sabes tú lo que yo sufro.

Realmente sufría mucho el pobre hombre. Pero era egoísta en su dolor. Parecía no darse cuenta de que la pobre de su hija sufría sus penas y también sus borracheras.

Pobre niña Rosita que consumía su juventud en aquel retiro hostil; privada desde hacía dos años del cariño de la madre, viendo que el papá se enredaba más y más al pasar de los días, y sin que fueran escuchados sus ruegos en el cielo.

—Sabe qué es, niña? —le dijo un día la ayudanta de cocina.

—No sé, Nacha. ¿Sabe usted algo?

—Es que... la casa está zuquiada, niña.

—Zuquiada! ¿Cómo?

—Es una mala sombra que está aquí metida, y mientras no la echen, téngalo por seguro, niña, que nadie podrá progresar. Hasta yo, niña, estoy sufriendo las consecuencias. Fíjese que hace tres días que no llega el viejo a la casa...

—¿Y por qué?

—Es la mala sombra que se me está pegando por trabajar aquí.

—Nacha, por Dios!

—Si no fuera por usted, niña, ya me habría ido.

—Nacha, me voy a morir de pena. Nadie nos quiere trabajar, ya no nos visitan, casi que nos vuelven la cara en la calle.

—Hay que quitarse esa zuquia, niña.

—¿Se quita? ¿Cómo?

—Don Anabel la puede aconsejar. Dígale a su papá que hable con él.

Tuvo el hombre que caer como todos, y le cedió la mitad de su cosecha en pago del servicio que le iba a prestar.

El viernes llegó don Anabel con una especie de tambor pintado de negro y rojo, con un palillo en forma de cruz, de madera virtuosa, según él, cortada en menguante. Iba poniendo ese artefacto en diferentes partes del terreno, y lo hacía sonar con el palillo mágico, para que indicara donde había algo enterrado.

De pronto sonrió satisfecho.

—Aquí, aquí! ¿Oyen como suena?

—Yo lo oigo igual. —Replicó, ronco de cólera, el dueño.

—Es que usted no tiene facultades de oír. Yo sí. Escarben aquí, —ordenó a dos peones que los acompañaban. Obedecieron, y muy pronto encontraron tierra removida, y un muñeco de madera.

—Ajá! Ya salió. No lo toquen ustedes. Déjenme a mí, que nada me pasa.

Lo tomó con la mano izquierda, y silenciosos caminaron los cuatro hacia la casa. Frente a ella hicieron una hoguera, con madera especial, y quemaron el muñeco junto con incienso y palabras raras escritas con tinta roja en unos papeles amarillos.

Ya terminado todo, don Anabel se quedó como extático. Pero no era parte de la ceremonia. Es que por una ventana se había asomado, llena de miedo y pálida, la carita llorosa de la niña Rosita.

La miró fijamente con ojillos de mono amaestrado, respirando grueso, dilatados con sonrisa mala los abultados labios negruzcos de indio. La joven se retiró asustada. El miró al padre y preguntó con voz de estudiada pausa:

—Esa... es su hija?

—Dudó el padre al contestar —sí— con los labios apretados.

—Ah...! Hay que examinarla también. Pueda que esté zuquiada.

—Ah, no. Ella no.

Transmigración

(En *Rep. Amer.*)

En las noches, en calma,
de este Trópico estelar,
desfilan los luceros
por cielos de percal,
y, en plena madrugada,
presiente el corazón
el paso de estos astros,
cuya alma es un fulgor...
Descorren nuestro sueño
y, fijo su mirar,
nos hablan con lenguaje
sublime... celestial.

Estrella: la primera
que surges, con primor,
recibo tu saludo,
vibrante de emoción;
despierto de mi ensueño
y, vuelto ya hacia ti,
escucho tus palabras,
que en la luz, vienen a mí.
Me das tu fortaleza,
tu alegre inspiración,
y alejas de mi vida
las sombras del dolor.

¿Eres mi santa madre...?
Eres algún amor
que ya escaló los cielos
y es hoy fulguración...?

¿Por qué todas las noches
me sueles despertar
con esa luz radiante,
que filtra en mi vitral?

¿Con qué lenguaje me hablas,
que logro presentir
una existencia nueva,
ajena a este existir?

Tu luz es voz sublime...
¡palabra que habla Dios...!
Por ti, divina estrella,
es nuestro vuestro don...

....

Prosiguen los luceros
su marcha regular
y el alma, en un nirvana,
se sume en plena paz.

J. J. SALAS PEREZ

Costa Rica.
Enero, 1952.

—No la ve qué triste está, y qué pálida.

—Pero no. Mi niña no.

—Bueno. Allá usted.

Después de aquel día, y a cuenta de que don Anabel era dueño de la mitad de la cosecha del padre de Rosa, se vió de continuo a los dos hombres juntos. El cholo cada día más satisfecho de sus progresos, con una perenne sonrisa de diente de oro en su cara gruesa y lustrosa.

El otro, abatido, cada día más delgado y más borracho, era una sombra de lo que fué. Para lo único que tenía destellos de voluntad, era para defender la hija.

Pero la pobre niña Rosita ya no tenía valor para nada. Ni para enfrentarse airada a las pretensiones amorosas del mal hombre.

Sólo atinaba a esconderse y llorar. Pasaba los días encerrada en su casa, atendiendo sin ánimo a sus quehaceres, atisbando la hora en que llegara su papá, para encerrarse en su cuarto si venía con el otro, o para correr a ayudarlo si venía solo y bebido.

Cada día estaba más desmejorado el padre y más desolada la hija. Por el pueblo corría como un eco sordo el rumor de que estaba zuquiada la niña Rosita, y que el padre no permitía que don Anabel la curara. Por eso también él pagaba con su salud las consecuencias del embrujo que su terquedad no dejaba curar.

Temido por todos menos por su hija, y perseguido hasta el último momento por el cholo que lo quería curar y que siempre le daba el primer traguito, para animarlo un poco, un día murió de coma alcohólico el padre de Rosa.

Nadie lo acompañó en su entierro ni le hicieron visitas a la huérfana. Por la noche, dicen unos que vieron allegarse a don Anabel por la desolada casa, y hasta tuvieron esperanzas de que curara a la niña zuquiada, aprovechando que el padre ya no podía impedirlo.

Pero cosa rara, a la mañana siguiente encontraron a la niña muerta en el fondo de un barranco. Muchos opinaron que había tratado de huír, porque le tenía miedo a todos, y que en la noche oscura, en su carrera desesperada por lugares que no conocía, había resbalado. Era posible, porque hasta un hatillo encontraron a la par. Pero la mayoría de la gente dijo que las brujas se la habían llevado hasta allí, para sacarle el alma. Y el rumor corría murmurante, de boca en boca, entre escalofríos de terror y extraños sahumerios para alejar peligros similares.

Don Anabel comenzó a ponerse triste, tal vez por remordimientos de conciencia, visitaba a menudo la taquilla, y descuidaba sus asuntos personales.

—Fué que se le pegó, por quererla cuando estaba embrujada.

—¿Vos crees?

—Sí. No te acordás que él mismo nos aconsejaba que no tuviéramos trato con los zuquiados?

—Sí.. hombre. Pero, por bueno, ya ves! También él...

Con su propia moneda pagó sus culpas el indio. Se hizo un gran vacío a su alrededor, sus peones lo dejaron, recelosos, y en el pueblo se arraigó más que nunca el terror supersticioso de la zuquia.

San José de Costa Rica, 1950

El murmullo de los libros

Por *Antonio MEDIZ BOLIO*

(Es un recorte de *El Nacional* de México, D. F.. 30-IX-50)

Es posible que sea una ilusión del silencio, como es la de la música que se suele escuchar en ciertas ruinas de ciudades mayas, en la quietud de la noche; pero ello es que cuando uno está algún tiempo solo y callado entre sus libros, se escucha un suave murmullo como de voces mágicas que preguntan y responden. Este encantamiento del oído es más frecuente y más sensible en la soledad de un hombre rodeado de una pequeña biblioteca que está aislada en medio del monte. Esto es lo que yo puedo decir de mí-mismo y de mis libros, que conmigo vinieron hasta esta retirada paz campestre y a mi alrededor se tendieron y crecieron, apretándose poco a poco y subiendo por las paredes de mi cuarto de trabajar, encalado y pequeño como la celda de un monje y abierto a la luz del cielo y al canto de los pájaros.

A veces no hay un solo ruido ni siquiera el de unas alas de abeja que a veces zumban en mi ventana. Se hace un silencio profundo y tembloroso que se extiende hasta los horizontes lejanos y parece que sale del corazón de la tierra. Y entonces después de un rato en que se siente todo sutilizado, transparente, todo aire y claridad, si uno no se mueve y entrecierra los ojos y abre los oídos de la mente, se comienza a escuchar el murmullo de los libros.

Tal es como si la fuerza de los millones de palabras encerradas en los enfilados volúmenes empezara a manifestarse en física actividad y produjese un roce tan fino como pudiera ser el de un pensamiento que se escapara de la delgadez del papel y tan etéreamente vibrátil como el eco de una voz lejanísima que apenas resbalara por el aire. Así, cuando el espíritu está deshaciéndose de lo corporal, poseído por el invisible poder de la naturaleza en plenitud, se puede escuchar el murmullo de los libros.

Y poco a poco, si uno se entrega al hechizo y el silencio no se interrumpe, sino que va ahondándose y dejando en libertad a los sonidos prisioneros, se oyen, como si le hablaran a uno al oído interior, palabras, frases, versos.

Y lo maravilloso es que, hablando todas estas voces a un tiempo mismo, no se confunden unas con otras y se les puede percibir como si cada una sonara separadamente y las demás fueran como un coro inefable y suavísimo.

Se puede uno ir acercando a los anaqueles, hasta pegar el oído material al lomo de los libros. Y si uno está en condiciones apropiadas, logra escuchar como se escucha latir el corazón cuando se ausculta el pecho. Hay libros que hablan alto y libros que hablan bajo. Y esto es no solamente según el temperamento y el estilo de los autores y la calidad de los temas, sino según los idiomas en que cada libro está escrito. Se oye el castellano en tonos bravos y mayores; el inglés se marca en compases breves y secos; el francés ondula en suave tono menor; el italiano, naturalmente canta o cuando menos parece cantar. Es más difícil escuchar a los libros que están escritos en lenguas muertas. Mis libros mayas suelen dejar escapar un secreto. Pero, como los que lo escribieron, hablan muy poco y solamente dicen lo preciso.

Todas estas divagaciones me las está sugiriendo la lectura gratísima de unas radiantes palabras de nuestra incomparable Gabriela —(en el Continente indo-americano Gabriela Mistral es "Gabriela", por amorosa antonomasia) que ella dijo en la inauguración de una pequeña biblioteca veracruzana, a orillas del Papaloapán, en un pueblo feliz. Suyo es este párrafo magnífico:

"Una biblioteca es también un lindo coro de voces: ninguna de ellas, desde la más aguda a la más grave, es igual a otra; pero hasta las contrastadas acaban reconciliándose dentro de nuestra alma. Lope y Quevedo que se pelearon bastante, aquí están tocándose con los codos, y nuestro padre el Dante, el desterrado, conversará con sus propios florentinos de los cuales divorció sus huesos".

Estas palabras de Gabriela me llegan, por cierto, en un número atrasado de esa gran Revista que se llama, hace treinta años gloriosos, *Repertorio Americano* y que ha vivido y vive, sostenida por el amor, el talento y la fe del Maestro García Monge, espíritu claro y purísimo, honra de su ilustre tierra de Costa Rica y ejemplo para las Américas.

A través del amable recuerdo de Joaquín García Monge, uno de los más altos y leales amigos que la suerte me concedió en mis andanzas por el mundo, vino a mi toda la belleza y la emoción de las cosas que mi bienamada y bien admirada Gabriela dijo en esa privilegiada biblioteca de Veracruz. Junto en mi devoción a esas dos grandes almas y les doy las gracias por haberme hecho pensar un poco en la fortuna de saber leer libros y de poder alucinarse ayéndolos hablar en el silencio.

Ochil, Yucatán, septiembre de 1950.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

Política educacional en Hispanoamérica

Por *Arturo PIGA*

(De la revista *Dinámica Social.* Año I, Nº 11. Buenos Aires, julio de 1951).

Con inusitada virulencia ha recrudecido en los países de habla española, la campaña dirigida contra la formación humanista. Se arguye que "falta —especialmente en algunos países—, una orientación técnica de la enseñanza, lo que determina oleadas de aspirantes a la burocracia, cuya formación de simple cultura general no les permite desempeñar otra función que no sea la actividad del empleo. Se agrega, por otra parte, que una mezquina política nacionalista —de estrecho espíritu conservador— impide a los pueblos de Hispanoamérica liberarse de la tutela pedagógica clásica y avizorar las soluciones racionales a los agudos problemas de orden social y económico que los afligen. Por otra parte, se dice, hay ausencia de inquietudes y amplitud de criterio tan necesarios para comprender y aprovechar los progresos de los sistemas educacionales modernos, corriendo el riesgo de permanecer al margen del progreso que aceleradamente va conquistando la educación contemporánea".

Hasta aquí la crítica. Veamos ahora qué hay en los entretelones, como fuerzas aleves, disimuladas, que mueven a los marionetes a realizar cierto tipo de periodismo pedagógico envenado y arbitrario... Y, sobre todo, qué sofismas y vacuidad encierra toda esta falaz o antojadiza requisitoria contra la educación humanista de Hispanoamérica...

En Chile, como en Argentina, México, Colombia, Perú, Venezuela, Ecuador y demás Repúblicas hermanas, la trayectoria pedagógica que han descrito sus más importantes instituciones educacionales, fué impulsada por el aporte español en primer término y más adelante por la influencia cultural francesa, determinando así la actual organización de cultura general que las caracteriza. Tratándose de la segunda enseñanza, estos aportes e influencias correspondieron específicamente a una mayor o menor dosis de preparación humanista y científica, en estrecha armonía con el carácter de la escuela europea.

Con posterioridad, algunos países contrataron sucesivas misiones de profesores alemanes, quienes aportaron valiosísimos progresos técnicos en el aspecto pedagógico. Más recientemente, como consecuencia de las vicisitudes materiales y espirituales de Europa, los Estados Unidos han comenzado a ejercer una influencia directa en el campo educacional de los diversos países hispanoamericanos.

Esta influencia, subsuelo de una vigorosa acción expansiva, no es extraña ciertamente a la política general de panamericanismo cultural y económico encabezado por la gran democracia del norte. Más aún, representa la herramienta fundamental para realizar con éxito semejante expansión.

Una serie de convenios firmados entre esta potencia y casi todas las naciones hispanoamericanas en el campo sanitario, en la agricultura y en el sector de las fuerzas armadas, se han hecho extensivas al campo de la educación. De esta manera, la influencia ofrecida con el expreso carácter de "programas cooperativos", ha logrado abarcar la vida total de casi todas estas Repúblicas.

Como aspecto "sui géneris" de la influencia norteamericana en materias educacionales, podemos señalar el envío de misiones financiadas por el gobierno de los Estados Unidos y sometidas en tales circunstancias a su inmediato control. En una de las Cláusulas (11) del reciente Acuerdo Técnico para un programa cooperativo de educación entre el Gobierno de la República de Chile y el Gobierno de los Estados Unidos de América, se dice que: *"Los fines de este programa cooperativo de educación son: promover y acrecentar la amistad y buen entendimiento entre los pueblos de Chile y los Estados Unidos de América y fortalecer las prácticas democráticas".* Sin embargo, al referirse a la realización concreta de esta cláusula, se dice que: *"el Grupo de Especialistas será de tal número y composición como el Instituto de Asuntos Interamericanos lo estime conveniente"...*

Pero "este Instituto, siendo un organismo de los Estados Unidos de América, de propiedad exclusiva del Gobierno de los Estados Unidos, dirigido y sostenido por él, tiene derecho a gozar de todos los privilegios e inmunidades —incluyendo inmunidad sobre juicio en los Tribunales de la República de Chile de que disfruta el Gobierno de los Estados Unidos de América". Insólito este lenguaje indudablemente para la tradición hispánica y europea de nuestra democracia.

¿No es lesivo para la dignidad de las Repúblicas hispanoamericanas que en el seno de los Ministerios de Educación Pública se organice un departamento con funcionarios dependientes del Gobierno de los Estados Unidos?

¿Es tal la indigencia de los países de Hispanoamérica en materias educacionales para que sea necesario mendigar una influencia y *programa cooperativo* de esa naturaleza?

En verdad, estas nuevas Repúblicas viven momentos de aguda crisis social, cultural y económica. Gobiernos impropiamente llamados de izquierda han contribuido, más que a educar al pueblo, a exacerbar en él el franco espíritu de rebelión. La irresponsabilidad, la falta de previsión y economía, la vida fácil y sensual. Ha faltado fomentar el espíritu heroico, el sentimiento de sacrificio y elevados ideales en el alma de las generaciones jóvenes. En el terreno de la educación especialmente, hay que reconocer los estragos del analfabetismo (en algunos países sobre cada millón de alumnos en edad escolar, 380.000 no reciben enseñanza de ninguna especie).

Es indudable que una parte considerable del continente hispanoamericano está lejos aún de haberse incorporado a las exigencias básicas de la cultura contemporánea. No obstante, la actual política de los convenios cooperativos de Educación, no se justifica y lo que es más grave, perturba una limpia y hermosa tradición de vida democrática independiente para Hispanoamérica.

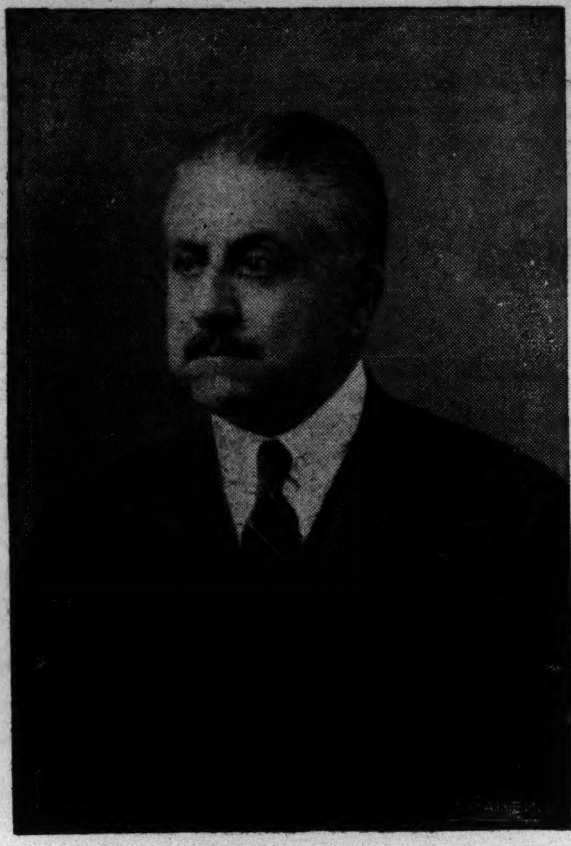
No es exacto, como lo ha reconocido valientemente la prensa honrada de algunos países, que falte una orientación técnica de la educación en Hispanoamérica... Herederos de Europa en materia de enseñanza, los pueblos de Hispanoamérica han considerado de vital trascendencia para su destino, el desarrollo de la cultura general humanística...

¿Significa esto negar importancia de la formación técnica y preparación para la vida? No, por cierto, ya que justamente ocurre lo contrario toda vez que la especialización si no desea verse reducida a un adiestramiento manual y a una técnica de automatismos incapaz de todo progreso y perfeccionamiento, ha de fundarse en el cultivo del espíritu, herramienta maravillosa para favorecer el desarrollo de las capacidades más elevadas de la personalidad y mantener en permanente estado de plasticidad la inteligencia, la vida emocional y la voluntad.

Los grandes pueblos, como Italia, Francia, Alemania y aun la misma Inglaterra así lo han comprendido... En el Gimnasio y Liceo, como en la Escuela Técnica y "de Orientación hacia la actividad productora" no se escatima esfuerzos de tiempo y dinero para desenvolver en los jóvenes alumnos cualquiera que sea el tipo de enseñanza, las potencias anímicas en una escala de valores que va de la fundamental experiencia del dominio idiomático vernáculo, la historia y la geografía patria y la matemática elemental hasta el estudio de las ciencias sociales, la filosofía, el arte y la religión.

Así, esos pueblos han vigorizado el espíritu de las generaciones jóvenes, preparándolas para las contingencias de una vida difícil en sentido económico y moral; para presentarse aguerridamente en los momentos en que parece precipitarse todo en un caos de angustia, de desolación y de muerte. Ese es el destino que han barajado hoy como siempre los pueblos latinos de vieja cultura; ese también debe ser el destino de Hispanoamérica, con sangre, vida espiritual e dieales afines con la eterna y milenaria Europa.

(*Concluye en la pág.* 239).



Manuel Ugarte
(1928)

Horas con Manuel UGARTE

Colaboración de *César FALCON*

No tengo de Manuel Ugarte sino recuerdos dorados. Desde mi niñez, su presencia siempre ha sido para mí un instante lleno de atractivos luminosos, de galanura, de preciosas sugestiones. Porque era yo muy niño —infancia, sobre todo intelectual— cuando le vi por primera vez, en la ciudad de Lima, anticipando desde el escenario de un teatro el fenómeno político de mayor alcance que hoy precisamente cubre el horizonte de las gentes de habla española. Después de las conferencias de Ugarte, los escritores y catedráticos de Lima comentaban la calidad de los adjetivos, el brillo de las frases, los aciertos o pecados de "belleza", en fin, que habían vertido sus labios. Pero en mí quedó impreso el asunto, ese asunto que nunca ha dejado de estar presente en mi conciencia como el trasfondo de todas mis ocupaciones intelectuales.

Con esa impresión viva y constante de su palabra, muchos años más tarde, cuando el Partido Nacionalista de Puerto Rico me escribió a Londres para que, en compañía de Ugarte y de José Vasconcelos, lo representara en el Congreso Antifascista de Amsterdam, las dos cosas, la compañía de Ugarte y la representación de un partido con el que formalmente yo no tenía ninguna relación, me parecieron, sin embargo, lo más congruente conmigo mismo. Entonces nos encontramos por primera vez, y con mucha brevedad, en París. Luego, siempre también de prisa, cada vez que yo pasaba por la Costa Azul, que en aquellos años no fueron muchas, me detenía, como obligación, un instante en la casa de Blasco Ibáñez, en Menton, y otro, en la de Ugarte, en Niza. Dos momentos sobremanera gratos, aunque breves. Siempre de tren a tren. Desde 1929 no volví a Italia. Pero de cuando en cuando recibía en Madrid una carta de Ugarte en la que me anunciaba una visita que nunca me hizo. Vivimos aquellos días en España las convulsiones políticas que nos arrastraron, entre borrascas, hasta la guerra civil. Cada vez que yo caía en uno de esos tumbos, recibía, invariablemente, la carta de solidaridad de Ugarte. El verano del 30, estando en la cárcel de Madrid, recibí el recuerdo más grato que podía recibir en tan notable alojamiento. "Ha pasado por aquí, me decía, Gabriela Mistral y me ha dicho que está usted en la cárcel y que hay que hacer una protesta. Inmediatamente después ha seguido viaje a América. Parece, pues, que lo mejor es que siga usted en la cárcel y con la mayor tranquilidad posible". De allí en adelante mi vida se enredó en tantas urgencias que nuestro intercambio de cartas tuvo que interrumpirse y de este modo nos quedamos, como quien dice, sin vernos.

Nos encontramos de nuevo en la ciudad de México. Estaba yo aquí casi asombrado de verme todavía en el mundo, cuando llegó Ugarte como Embajador de la Argentina. Ahora sí pudimos vernos y hablar muchas veces, "sin prisa y sin pausa", como recomienda el clásico. Iba a buscarme los domingos a mi retiro de Cuernavaca y seguíamos juntos a Taxco, donde a él le gustaba comer quizá porque los primores del paisaje agregaban un encanto más al exquisito cuidado de la persona que fué siempre su mayor deleite. Nuestra charla extendíase en estas oportunidades por horas y kilómetros, pero entre las vueltas y revueltas del camino el asunto era siempre el mismo: su persistente actitud antiimperialista que se hizo, a pesar de sus muchos años de inactividad política, el centro de sus preocupaciones. En esta época publiqué mi libro *El buen vecino Sanabria U.*, sobre el cual, como era obligado, se tendió, y sigue tendido, lleno de vileza, el silencio de la "crítica" domesticada. Ugarte debió creer que yo volvía a encontrarme en las semidramáticas peripecias de los años anteriores, pues en seguida me escribió otra de sus cartas, que llegaban a mí con el gesto de una mano tendida. En realidad, más que una mano amistosa, era una mano consecuente. En este libro continúa, aunque de distinta manera, el ánimo de lucha que él había iniciado en América, y él sintió que tenía necesidad de asociarse inmediatamente a la empresa. Lo cual indica que su espíritu estaba todavía en la misma disposición de combate que ha sido y será su más clara gloria.

Salió Ugarte de México, y como ya es uso entre intelectuales españoles, nos quedamos sin contacto. Precisamente cuando nuestros países, adaptados progresivamente al sistema de vida norteamericano, se habitúan cada día más al uso y la puntulidad de la correspondencia comercial, entre sus intelectuales se hace más constante la desgana de escribir cartas y desgraciadamente no puedo decir que sea como protesta contra la influencia imperialista.

Poco más de un año después regresó Ugarte a México. Venía de Cuba, ya sin investidura diplomática y con un cierto aire de refugiado. Nuestro reencuentro fué, por lo que hace al diálogo, como si al ir por la calle el tumulto de gente nos hubiera desconectado y volviésemos a lo que se trataba. Nos vimos con más frecuencia, hablamos del gran asunto hispanoamericano con más ardiente ahinco, y acaso por esto o por la frecuencia, el pequeño círculo de contertulios que antes habíamos iniciado con José Vasconcelos, Héctor Pérez Martínez y Rafael Sánchez de Ocaña, fué ensanchándose, al rehacerse, con adhesiones tan valiosas como Roberto Bilbao La Vieja, entonces embajador de Bolivia y el fino e inteligentísimo Carlos Jinesta, permanente embajador de Costa Rica ejerza el cargo quien lo ejerza. En este grupo es donde ha quedado el último hueco de Manuel Ugarte. Ahora se reunen con nosotros personas de mente tan depurada como Manuel Pulido Méndez, embajador de Venezuela; un gran poeta, de nueva y arrolladora grandeza, como Héctor Incháustegui; don Manuel Landa, de la vieja y selecta diplomacia mexicana; el ex Presidente del Paraguay, J. Natalicio González; el filósofo Eduardo García Maynes; el novelista Ramón Baláusteguigoitia, vasco de raza y de potencia intelectual; el gran político mexicano Octavio Véjar Vázquez; un indio de la más pura sangre tarasca y la más elevada cultura española: el magistrado Victoriano Anguiano, y los visitantes ocasionales. Aquí como se ve, está toda la raza, y si no todas las manifestaciones de su pensamiento político, las más importantes de ellas. No sé si andando el tiempo este grupo de raza, tan disparejo y, por esto mismo, tan de veras representativo, adquirirá algún carácter institucional y si al adquirirlo pondrá como primera y más ilustre enseña de su significado la imagen de Manuel Ugarte. Pero en él persiste, bien encendido, su recuerdo.

Esto es más que nada lo que ha hecho escribir lo que estoy escribiendo. Manuel Ugarte ha muerto precisamente en el momento en que llega a su ápice, a su más desgarradora realidad, el peligro que él fué el primero en señalar. No importan ya los valores de su obra. Lo que ahora importa, y cada día nos importará más, es el hombre,

(*Concluye en la pág.* 239).

Introducción a la Vida de ATICO

Colaboración de *Camilo CRUZ SANTOS*

¿Qué extraño encanto poseyó aquel hombre, qué influencia ejerció sobre sus amigos, cuando hasta esos dos grandes patriotas (Cicerón y Bruto) *se calumnian a sí mismos en favor suyo, y con tanta facilidad le perdonan lo que condenan en otros?*

Gastón Boissier.

De los varones ilustres de la antigüedad en cuya admiración me inicié cuando estudiaba historia y latín, ninguno captó tan definitivamente mi simpatía como Tito Pomponio Atico. He sido constante a su memoria toda la vida, y puedo asegurar sin vano alarde que nada de lo que a él se refiere me es extraño.

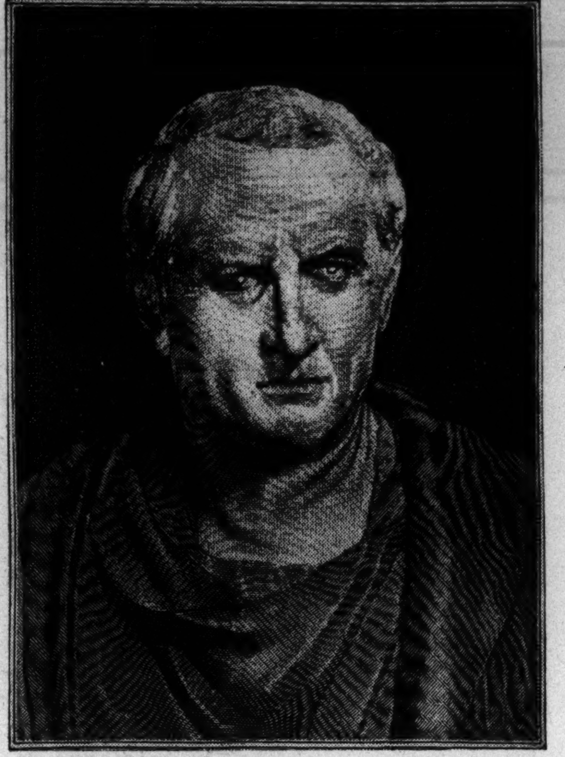
Este libro hubiera podido publicarse hace algunos años, pero es el caso que no pude obtener textos que deseaba para enriquecer mi documentación, y que en vano pedí a Europa por conducto de libreros; unos porque estaban agotados ya, y otros no pudieron venir por causa de la guerra. Pero en gira por California encontré en la bibliotettca Pública de San Francisco un cuantioso arsenal. Pude entonces consultar a mis anchas los volúmenes de las epístolas de Cicerón a Atico y a sus familiares y amigos, y varias obras sustantivas acerca de aquel período que, para mi propósito, comienza con la edilidad de Cicerón y termina con la transformación política de Augusto. Pasaban de ciento cincuenta los tomos disponibles, y se me permitió llevar conmigo los que consideré más útiles para mi trabajo; porque así entienden la misión cultural de esos institutos.

—

Si me preguntasen cuál fué el método que adopté para escribir esta biografía, no podría decirlo. Desde luego ninguno de los clásicos: ni el griego, ni el romano, ni el alejandrino; tampoco los que están ahora en boga, el de Maurois, Zweig, Ludwig. No me sería dado, asimismo, decir cuál ha sido la influencia predominante en mi manera de hacer, porque son tantas y tan diversas las semblanzas que he leído, que se han neutralizado mutuamente. Sin embargo, si se tratara de una confesión sincera, declararía que siento irresistible inclinación por el estilo biográfico de Marjorie Coryn, joven escritora británica, y que he releído con delectación los libros que ha publicado. Su vida de Leticia, la madre de Napoleón (*Good-bye, my son*) es para mí la mejor biografía que he visto en los últimos veinte años. Su *The Incorruptible* y *The marriage of Josephine* son obras encantadoras. Acerca de la primera dice un comentador norteamericano: *A superb hisotry, of a super woman, superbly written.* Y el crítico literario del primer periódico de los Estados Unidos, *The New York Times*: *A fresh, original and powerful talent.*

Creo que sea suficiente para justificar mi admiración y mi inocencia.

Ahora bien, como nada hay más ameno e interesante que la historia de los grandes hombres, la biografía debería escribirse con el encanto de una novela, pero con toda la exactitud de una pieza jurídica, en la que no se deslice ningún concepto que no pueda demostrarse. Por lo demás, ya Emerson previno:



Cicerón

Busto. En la Galería degli Uffizi. Florencia.

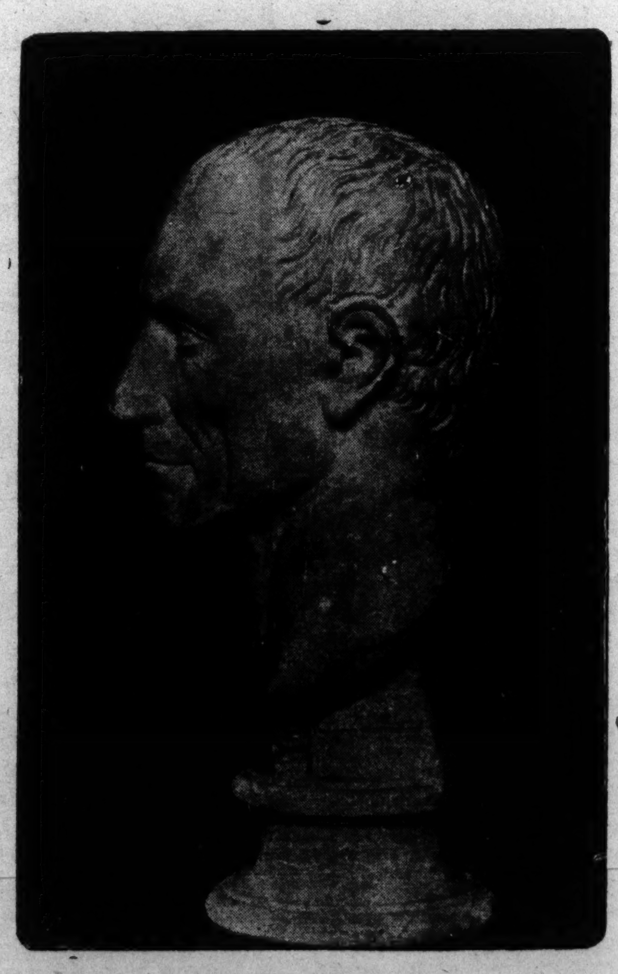
✖

"No existe historia, propiamente, sino biografía".

—

El hecho de que Tito Pomponio Atico, a pesar de haber salvado para la posteridad los tratados de Cicerón, sus acusaciones y defensas y su epistolario, y de haber servido de consultor a los varones más cultos de su época, sea menos conocido ahora que otros romanos que, en su tiempo, fueron tenidos por inferiores a él en sabiduría, prestancia, generosidad e influencia cultural y social, lejos de arredrarme en el empeño de escribir su biografía, constituyó un acicate. La posteridad no siempre es justa con los hombres ilustres, aun cuando suele afirmarse lo contrario a guisa de arbitrio retórico. Mas el continuo devenir de los tiempos trae consigo virtualidades revaluadoras y la acción justiciera de las generaciones no termina jamás. Siempre acaba por encontrarse un documento inédito, un extraviado manuscrito, una moneda o una medalla, una clave para desembrollar una situación intrincada y confusa, una *Piedra de Roseta* que permite descifrar jeroglíficos mudos durante millares de años, o el testamento político del emperador Augusto en un templo soterrado del Asia Menor, o un cofre de papeles oficiales en una aldea escandinava, que revelan la verdad sobre la tragedia de Meyerling, y surgen entonces puntos de vista nuevos, se abren horizontes a la investigación cronológica, se desecan lagunas, se destruyen leyendas, se eslabona la Historia.

No faltan investigadores tenaces, pacientes compulsadores de documentos, devotos de la Filosofía de la Historia, "amantes de la verdad más que de Platón", espíritus porfiadamente inconformes, quienes no aceptan los errores e injusticias de los contemporáneos, ni los prejuicios de quienes les siguieron, ni la negligencia con que algunos de los modernos aceptaron a ojo cerrado cuanto habían escrito parciales historiadores antiguos (siempre la versión de los vencedores, nunca la de los vencidos) o diatribistas, turiferarios y áulicos.



Julio César

Busto. En el Museo Británico. Galería Romana

"La Historia es una resurrección", dijo Michelet. La tardea del historiador o del biógrafo, actuales o venideros, será hacer surgir nuevos Lázaros de sus sepulcros de piedra, decir al error encastillado y al prejuicio haragán: "Ya hiedes", y a la verdad: "Levántate y anda", para usar palabras inmortales.

Así, los historiadores germanos, con Momsen a la cabeza—, cuya supremacía en historia y derechos romanos sería pueril regatear—, nos revelan que el hombre más grande del Lacio, si no del mundo, es Julio César. Y bien, ¿quién se atrevería a demostrar que están equivocados?

Uno de los humanistas que más historia y más latín han sabido en Colombia, —Guillermo Valencia—, me dijo un día:

"Para mí, César escribió el mejor latín que se ha escrito; fué el mejor general, el mejor orador y el mejor estadista de su época, y qué época!"

A Cicerón se le ha concedido una preeminencia excesiva , como a todos los políticos que disponen de los medios de publicidad; su carácter valía poco. "De todas sus desgracias, la muerte fué la única que soportó como un hombre", dice Titio Livio, quien no fué ni amigo ni enemigo suyo. No era un jurisconsulto, y como orador no fué el primero, ni aún el segundo de su tiempo, como lo veremos después.

Cleopatra y Marco Antonio fueron calumniados venalmente: la primera ha sido la mujer con mayor sagacidad para las funciones de gobierno que ha existido; su amante fué un gran soldado, elegante orador y astuto político. Que a la postre hubiesen sido vencidos por fuerzas superiores carece de importancia.

Poncio Pilatos, el escéptico y ecuánime procurador de Judea, es su compañero de proscripción histórica; ha sido víctima de repulsiones milenarias, exacerbadas por la mística, y tener a la religión como enemiga es cosa seria.

El emperador Claudio no fué tan imbécil como se regocijaron en pintarlo sus súbditos, con éxito innegable, y en medio de sus desventuras conyugales, fué un buen administrador del Imperio, que se engrandeció más bajo su mandato. Hasta el mismo Nerón parece haber sido víctima de odios irreconciliables, y su rehabilitación se ha iniciado ya; y en fin, Calígula, a quien hay que considerar como un loco, perturbado por la líbido y por la influencia exótica de Egipto.

Y seguirá siendo la Historia "lo que nunca sucedió, contado por uno que no estuvo allí?"

Las fuentes originales para escribir la vida de Tito Pomponio Atico sólo son dos pero ambas dignas del mayor respeto:

I—*De Viris Ilustribus Urbis Romae*, de Cornelio Nepote. Capítulo XXV — *Atico*.

La biografía de Atico en los *Varones Ilustres* consta sólo de 19 páginas en octavo menor, pero como Nepote es el Plutarco romano, aun cuando no le fuera dado igualar al griego en el estilo ni en la profundidad del concepto, su escrito es modelo de claridad, concisión y buen decir. Lo traduje, a fin de fijar mejor las ideas para esta obra, así como para respaldar con los textos latinos algunos afirmaciones del biógrafo, que parecen inverosímiles en estos tiempos de crudo positivosmo que alcanzamos, y que, además, podrán proporcionar a los presuntos lectores que conozcan la lengua madre, el placer de leer, o releer a un clásico del Siglo de Oro de la latinidad. Véamos cómo irrumpe Cornelio Nepote en su célebre semblanza:

"Titus Pomponius Atticus ab origine ultima stirpis Romanae generatus, perpetuo a maioribus acceptam equestrem obtinuit dignitatem."

O sea: "Tito Pomponio Atico, quien por su origen era de la más antigua estirpe romana, perteneció siempre al orden ecuestre, honor que heredó de sus antepasados".

Mi traducción la mejoraría cualquiera; pero lo que imagino que no podrían Caro ni Cuervo, si aún viviesen para mayor decoro de su patria, sería hacer que la hija de Castilla, por peregrinos que sean sus encantos, iguale a la sobria y majestuosa matrona de Roma.

En efecto, dentro de la fonética latina, el verbo *generātus* y los acusativos *accéptam, equéstrem, dignitátem,* poseen tal fuerza expresiva en una cláusula de tres líneas, y comunícanle tal sonoridad y elegancia, que es físicamente imposible encontrar equivalente en castellano.

El Dr. Rolfe, profesor de literatura latina en la Universidad de Pensilvania, tras de formular observaciones muy atinadas acerca de la manera biográfica de Cornelio Nepote, y de sus recursos retóricos, asimila su estilo al que usó Aulo Hircio Pansa al emprender audazmente la terminación de la historia de César sobre la *Guerra civil*. Con todo el respeto que me merece su autoridad, me atrevo a disentir, sin que con ello insinúe que Hircio escribió mal. El estilo tiene gradaciones infinitas. Su afición a las bellas letras fué tardía. Lugarteniente de César en la campaña de las Galias y en la contienda de Pompeyo, y soldado de verdad, quien tuvo el mando de legiones en circunstancias y difíciles, es natural que sintiese deseo de imitar al genial estratega y estilista que su buena estrella le deparó por jefe. Se disculpa de su temeraria empresa, diciendo que, "si otros con él admiran la elegancia de los comentarios de César, él puede dar fe, además, de la facilidad con que fueron escritos".

De regreso a Roma se matriculó como estudiante de retórica con Cicerón, como lo hicieron otros generales victoriosos, cargados de botín, a quienes consagró para la posteridad la prosa de *La guerra gala*, y que en medio de su vida fastuosa deseaban intervenir en las contiendas cívicas del Foro. Aludiendo regocijadamente al caso, Cicerón escribe a Pomponio Atico:

"Son mis discípulos en oratoria, pero mis maestros en el arte del buen comer."

Durante siglos el *De viris* ha servido de traductor en seminarios y liceos pero ningún colegio ha adoptado para el aprendizaje de latín el relato de Hircio; pero sí como modelo de pureza y concisión el *De bello gallico* de César.

Afirma después el Dr. Rolfe que, "aun cuando Cornelio Nepote vivió en la misma época de César y Cicerón, su estilo es inferior". El hecho mismo de que el eminente profesor eche mano de esos términos de comparación, indica que carece del sutil sentido de ponderar. Para hallar adecuados puntos de similitud a la sobriedad elegantísima de César habría que acudir a Tácito; para la elocuencia de Cicerón a Quinto Hortensio, su rival en el Foro, a quien los entendidos de su tiempo consideraban superior; o a Salustio, enfrentando su *Conjuración de Catilina*, por ejemplo, a la *Historia del Consulado de Cicerón*, escrita por él mismo.

Cornelio Nepote fué hombre independiente y empleó su vida en el cultivo de la historia, la biografía y otras ramas de la literatura. No hay indicio de que hubiera desempeñado cargo público alguno. Se sabe, sí, que se estableció joven en Roma. Dedicó su obra *De excelentibus ducibus exterarum gentium* ("Los grandes generales de los pueblos extranjeros") a Pomponio Atico. En cambio, Catulo, el más suave y exquisito de los poetas latinos, dedicó a Nepote uno de sus libros de versos. Aparte de su grande amistad con Atico y Catulo, trató de cerca a otros personajes de la época.

II—Cartas de Cicerón a Atico y a sus familiares y amigos

En el desarrollo de esta noticia biográfica consagro un capítulo a esta correspondencia, en la que Cicerón se pinta a sí mismo con toda la vivacidad y gracias de su espíritu; su desembarazo para escribir, sus perennes dudas y vacilaciones, sus grandes conflictos políticos y sus pequeños conflictos pecuniarios y domésticos; su nobleza de corazón, su infinita vanidad, sus angustias de patriota y sus preocupaciones de estilista. Y en la que Tito Pomponio aparece lo que fué: un dechado de lealtad, sabiduría, generosidad y dón de consejo.

La posteridad nunca lamentará bastante el que Atico, quien tan previsor fué en reunir y conservar las epístolas de Cicerón, que tánto han contribuido a dilucidar puntos oscuros y situaciones complejas, no hubiese conservado copia de las suyas, y que sólo por las de aquél sea dado colegir su elegancia y el interés de su contenido. Pero aquellos eran tiempos borrascosos, y Atico, refractario por temperamento a la publicidad, hizo de la prudencia y de la discreción sus virtudes cardinales.

———

Comentadores nuevos al margen de libros viejos han hecho reproches a Tito Pomponio Atico por su amistad con Augusto y sus ministros después de la trágica muerte de Cicerón y de su hermano Quinto. Como a mi juicio, no son equitativos con él, prevengo que voy a intentar su defensa con mis escasos medios y lo que pueda extraer de los testimonios de la época. Pero por grandes que sean mi amor y veneración por la memoria de Atico, tienen un límite natural que no intento traspasar aquí: el respeto a la Historia, la probidad intelectual del biógrafo. De igual manera contraría esa virtud quien finge ignorar los hechos para mejor exaltar a un prócer, como quien prescinde de los documentos para denigrar a un héroe.

Cuando un personaje de la preparación, riqueza e influencia de Tito Pomponio, se abstiene deliberadamente, irrevocablemente, de tomar partido e intervenir en disturbios civiles, y de ejercer cargos públicos, —renunciando con ello a los honores, privilegios y gajes que traían consigo entre los romanos de su tiempo—, es inconsecuente e injusto reprocharle el no haberse jugado vida y fortuna por razones políticas.

———

Hasta donde alcanzan mis lecturas de hombre aguijoneado por sed de concimiento, o más bien por enfermiza curiosidad intelectual, no hallo en el período aproximado de treinta siglos que abarcan los tiempos propiamente históricos, vida de varón más armoniosa y perfecta que la de Tito Pomponio Atico. Poseyó dones y encantos que los dioses no suelen otorgar a un solo mortal, y todas las virtudes con que un hombre sabio puede adornarse a sí mismo. Helenista insigne, profundo conocedor de la literatura latina, tenaz investigador de los orígenes y anales romanos, filósofo y esteta, benévolo y generoso sin ostentación, y a la vez hábil hombre de negocios, gran terrateniente, editor, banquero, sin duda el primero de Roma en la época de Augusto.

Llegó a extrema ancianidad sin haber roto ninguna de sus normas, sin haber empañado el diáfano cristal de su existencia. No le flaquearon ni su férrea voluntad, ni su clara inteligencia, ni su memoria fiel. Era una especie de oráculo para sus contemporáneos; un oráculo dulce, afable, certero, magnánimo.

Jamás intervino en política, ni quiso solicitar o aceptar mandato o puesto en la república, aun cuando todos estuvieron abiertos para él. Pudo ser senador, cónsul, procónsul o legado en las provincias conquistadas; otros lo fueron con menos títulos y ejecutorias. Pero fué amigo y sostenedor de todas las buenas causas y de todos los buenos ciudadanos, consejero de los más prominentes, amparo de las familias de los caudillos en derrota, ayuda de ellos mismos, fiel a todas las desgracias, leal a todos los caídos.

Amó a Grecia e hizo de ella la patria de su espíritu. Los romanos lo reconocieron así y desde joven le apellidaron "Atico", sinónimo de elegancia en el pensar, en el decir y en el vivir, y ese apelativo fué tan consustancial en él, que desplazó a su propio nombre, hasta el punto de que sus conciudadanos y los atenienses y extranjeros no le llamaban de otro modo, y así llamaron a su hija, —Cecilia Atica—, y dos mil años después le seguimos nombrando así. Superó el concepto de Shakespeare: "Fué un hombre en todo y por todo, como no he visto otro igual"—porque hizo aún más: elevó con sus atributos la dignidad y el decoro varoniles hasta un nivel moral, mental y estético en que la figura humana comienza a tornarse extrahumana. Si hubiese vivido en los tiempos fabulosos de la Hélade, se hubiese hecho de él un semidiós, símbolo de la amistad, la generosidad y la lealtad. No obstante, cuando dejó su asilo al pie del Acrópolis para volver a Roma, ya pacificada, toda la ciudadanía fué a acompañarle los estadios que separan la ciudad del mar, y allí le despidieron con lágrimas en los ojos. Los atenienses elevaron luego estatuas en su honor y en el de su mujer, en el Agora y en los recintos más sagrados. Hasta ese punto había cautivado su admiración disertando en griego acerca de los poetas, artífices y filósofos, y su cariño y gratitud aconsejando a los hombres de Estado en momentos difíciles, y aliviando con su piedad y con su dinero las calamidades públicas.

Bogotá, 1951.

Mi protesta

(En *Rep. Amer.*)

Temperamentalmente contrario a la publicidad, nada dispuesto a figurar en campañas de tipo político que no se desarrollen dentro de la más exigente discreción, sobre todo si han de tener como finalidad el derrocamiento por las armas de la tiranía que expía sin tregua. Contrario, asimismo, de exponer ante extraños las lacras que en la patria son, exclusivamente, producto fatal de los regímenes despóticos que por décadas ha sufrido el pueblo dominicano, tanto por la obra de imperialismos foráneos, como por culpa de desnaturalizados hijos de su suelo; debo hoy, empero, alzar mi voz de protesta, desde esta libre tierra de Martí, frente a un acontecimiento de carácter internacional, que afecta el más puro patriotismo de los dominicanos y colma de mayores zozobras nuestra ya maltrecha vida nacional.

Estoy refiriéndome al convenio que, según avisos de prensa, acaban de celebrar el Gobierno de Washington y el dictador Trujillo; por el cual el segundo concede al primero: el derecho de practicar armas secretas, mantener adecuados equipos militares —quién sabe cuántas cosas más— en el territorio que los buenos dominicanos anhelamos absolutamente libre, absolutamente independiente, absolutamente soberano, de acuerdo con la salvadora fórmula que nos sirvió de bandera nacionalista para combatir y vencer la cruenta ocupación yanqui que nos agobió, y dejó tan funestas consecuencias, durante los inolvidables años de 1916 a 1924.

Tétricos presentimientos tienen que atormentar al patriota frente a convenios tales, entre un dictador, conculcador de todos los principios constitucionales, de todas las normas de decencia internacional, que ha vivido cacareando falso nacionalismo y se ve entorpecido en sus desmedidas ambiciones de mando indefinido, y una potencia de inquietante historia imperialsta que nos debe ver siempre desconfiados y alertas, por sus titubeos hacia una política de buena vecindad sincera y cabal y por su empecinamiento en mantener en América el anacronismo del colonialismo, cuya forma más amenazadora para la independencia que Duarte y Martí querían en las Antillas, es su dominio militar sobre Puerto Rico, su malicioso afán de alentar la posibilidad de un Estado de la Unión en tierra antillanas y, singularmente, su manifiesto empeño contrario a las ansias independentistas de Betances, Hostos, de Diego, Albizu Campos.

Pero, que camine con cuidado esa tortuosa senda, deshonrosa, el dictador Trujillo; no olvide que los tiranos han podido durar en la desventurada patria de los dominicanos, solamente hasta el día en que, convencidos de que ya no había otro modo de conservar el poder usurpado, se han puesto a negociar, impúdicamente, con el honor nacional: Con la Anexión a España, con el Arrendamiento de la bahía de Samaná, con el intento de anexión a los Estados Unidos de Norteamérica. No olvide, en fin, y no lo olviden tampoco los imperialistas de Washington, que aún podrían surgir capitanes como Cabral y Luperón para librar otra "Guerra de los 6 Años" que, al mismo tiempo que acabe con la tiranía, grabe en el Libro de la Historia la total, definitiva liberación de la patria de los dominicanos.

E. HENRIQUEZ GARCIA

La Habana, 6 de diciembre de 1951.

Teoría del Yo

(En *Rep. Amer.*)

Alamo solitario...
bajo el anillo roto de la luna.

Laica extensión.

Intradudida lengua del meollo.
Brazo desnudo demarcando el cauce.
Babel.
El coro cristalino se deshizo
cuando el hombre ensordeció tu voz.

Se alza en guerra tu El
contra la guerra
porque eres tú
con el náufrago brazo levantado
que reclama vivir...

que auspicia la jornada de la espiga;
que auspicia la jornada de la idea;
que auspicia la jornada de la forma.

Tu halo es amor, creación.

Goterón de amargura tu lamento
contra el hilo enredado de la ciencia;
el arte cancelado;
la moral por decreto macilento;

el trabajo sin suelas;

el pan como un cirio milagroso...

y la cópula,
estupro,
oxidando las glándulas...
degollando el jacinto azul de la ternura.

¡Yo, soy el labrador de tu morada,
dadme la pala de tu democracia!

Todo Yo en todo Tú,
transfigurados.
Sólidos compañeros.
Tú. Yo.
Alamo solitario...
bajo el anillo roto de la luna.

Celina Haydée URALDE

Buenos Aires, 1951.

El drama de los hombres de color

Colaboración de *Fedro Guillén*

Si aquel profundo ingenio del Renacimiento que asombró al mundo con su Comedia que la posteridad llamó Divina, hubiera sabido que se le negaba sepultura a un soldado muerto en batalla por no tener el dudoso privilegio de ser blanco, ¿qué castigo inmortal hubiese aplicado a los discriminadores de cadáveres?

Porque hace tiempo que nos amargan la boca noticias de humillaciones y hasta linchamientos de hombres de color; hace tiempo que una imbécil, sobrehumana jactancia ética, castiga al negro como si no fuera nacido de mujer, pero ahora el drama de la discriminación racial ya no necesita más: la prensa ha regado por el mundo el caso de un soldado muerto en Corea, insepulto por un delito de raza: ser negro.

La discriminación ha alcanzado la otra orilla, la de la muerte, a donde solía llegarse desde que el hombre es tal, limpio de mundanas miserias. ¡Ahora ni eso!

Mientras este pobre negro esperaba semanas y semanas en la "morgue" de Phoenix, Arizona, los mismos que le negaban un pedazo de tierra en el camposanto, cruzábanse cromos y tarjetas nevadas de Navidad, usufructuando indebidamente la fiesta de quien predicó —sobre todas las cosas— la igualdad humana.

Entre los agravios a las gentes de color —¡triste recordarlo!— la discriminación cae inexorablemente sobre hombres de todos los rumbos: igual sobre el judío errante que sobre el asiático; o sobre el despreciado latinoamericano que las más de las veces no sabe defender su epidermis del trópico, hipotecando su lengua y hasta su espíritu, ufano de hablar o vestir a la inglesa.

¿Y qué hacer frente a esta insolencia de una minoría contra la humanidad entera? ¿Desgañitarnos sin esperanzas de que nuestra voz logre algo más que simpatías en espíritus generosos? ¿Darle largas al asunto y que la negrofobia siga adelante haciendo estragos? ¿O bien, elevar oraciones para que baje a este Valle —no sólo de lágrimas— el Lincoln que anhela la antidiscriminación? Dios sabe!

Mas, junto al loable esfuerzo de buenos norteamericanos que en todo lo ancho de su propio territorio luchan contra los racistas, lo menos que puede hacer un hombre de nuestro tiempo —sea cuel fuere el color de su piel y de sus ideas— es enfurecerse cuando a un pobre soldado muerto en el cumplimiento de su deber, se le niega sepultura por un delito de raza: ser negro.

Nueva Guatemala, enero, 1952.

Dos comentarios

de *CALIBAN*

El profesor López de Mesa pide, para la restauración de tántos ideales, bienandanzas y fraternidades perdidos, un gobierno de tipo paternal. A propósito, encuentro en los *Souvenirs* de Maurice Donnay, que publica la *Revue de deux Mondes*, un párrafo, que resume a cabalidad el pensamiento del profesor:

"Se pregunta a menudo a los individuos qué hubieran querido ser, si tuvieran el derecho de escoger. He pensado muchas veces en esto. En primer lugar, no querría ser más joven. Viejo pescador en la playa de Bretaña. O viejo campesino de Provenza. Pero me gustaría también ser dueño del poder. Sería el buen tirano, conforme a Renán. Mi consejo de gobierno lo compondrían las nueve musas, las tres gracias, los siete sabios de Grecia y los doce apóstoles. Y con la cooperación de tan ilustre Consejo, dictaría leyes justas, elegantes, prácticas, generosas, humanas, a fin de que Francia gozara de la más bella salud física, comercial, industrial, artística, musical, literaria, social y moral".

De lo que dudo es de que en la situación actual del mundo lograra un consejo de gobierno, aun formado como lo quería Donnay, salvar lo que parece perdido sin remedio.

(*El Tiempo*, Bogotá, 28-10-51).

✖

La nota de Julio Abril contra Haya de la Torre es tan poco gallarda como carente de verdad. Ningún trabajo le habría costado a Abril visitar a Haya para que se convenciera de que este grande hombre es muy distinto de como se lo pintaron sus enemigos. Haya es una de las más excelsas figuras de la América libre. Mostrarle como un emboscado, feliz en su dorada prisión, es torpe y necio. Haya de la Torre es un apóstol, un mártir y un fervoroso y sincero amigo de Colombia. Fué él, a la cabeza del aprismo, quien impuso al general Benavides el arreglo con Colombia. Las insinuaciones que en contrario hace Abril no denotan sino un completo desconocimiento del personaje, o una total ausencia de buena fe.

(*El Tiempo*, Bogotá, 25-XI-51.)

Anhelo

(En *Rep. Amer.*)

La brisa irisa el inmóvil
espejo del agua.
Turba la calma que buscaba
un estado de espejo,
un estado de pura alma
para llenar con la hondura
del cielo
el cauce profundo
de su ansiedad.

Entre cielo y agua
hay un momento
en que se establece
una exacta conjunción
de profundidad.
Ese momento es el segundo
en el camino de la eternidad
en que todo es:
equilibrio,
armonía,
precisión...

Un soplo de la brisa
y la comunión de cielo y agua
se rompe
en ojos de nubes,
en alas de lunas,
en olas de hojas...
La brisa se aduerme,
el árbol se aquieta
y el agua busca de nuevo,
en su afán de trascender,
la calma del espejo
para materializar
el insondable profundo
en lo más hondo
de su propio corazón.

Primo CASTRILLO

Port Chester, Nueva York, 1951.

Página lírica

de *Teresa VIDAL*

(En *Rep. Amer.*)

REQUIEM

He enterrado mis sueños, con el recogimiento con que se entierra la vida... Esa vida que engendra la madre que da lágrimas y dolores por su niño. He abierto el ataúd de los recuerdos y aún tibio el cuerpo de los sueños, lo he dejado en el fondo para que duerma... Duérmete, niño mío, sueño joven, nacido en la mañana de mis días cuando mecíanse las olas claras y en su rítmico vuelco me envolvía.

Antes de emparedar lo que fué un todo, quisiera recordar lo que tu has sido. Cima de temporal; ala de sombra; cavilación lluviosa en la partida. En las mañanas claras y salinas, fuíste el mar que besa, como si fuese cálido rocío, el inquietante despertar de siempre. Te amé abstracta. Sin conciencia de amarte, como hundida en sueños legendarios de contornos muy claros y muy vagos. Brumosos sueños que trasmutarán en realidad la vaguedad del sueño.

De regreso... ya la tarde venida, veo nítido, el camino recorrido. Sé que te di un recado de amor que no era tuyo. Te encontré en el recodo, te sonreí y te cautivé sin cautivarte todo. Seguimos el camino un trecho largo... Llegamos a la fuente y bebimos; entramos en el huerto y gustamos de la fruta de los árboles divinos; en las noches de frío, encontraba en tu hombro la cálida acogida que da el nido.

Una tarde, el cielo disfrazado, tocó alegres campanas peregrinas... La marcha interrumpida continuamos y noté que marchabas distraído. Tú y yo separábamos, cual las rutas que de pronto se amplían y que sin saber como desembocan, en el mar tormentoso de la vida...

Has muerto. Sí, has muerto. Se ha trizado el amor. Mas, esta apagada luz que brilla en tus pupilas, fijando las imágenes por siempre, retienen imágenes jóvenes y sonrientes.

Ahora, que reposas emparedado en este pecho mío, te arrullo y mi alma quisiera entibiar con mi cuerpo tu ser frío.

¡Duérmete amor! Reposa tu quebrantó y acalla el corazón que te despide; que la bruma nos envuelve las miradas y la lluvia del cielo salva el alma.

¡Las campanas de Requiem su adiós cantan! Desde hoy, tu camino no es el mío!....

1949

SOMBRA

La sombra es lo que perdura
más allá la luz y del espacio...
L asombra, es lo que se vierte
desde el inmenso cáliz de los astros...
Sombra en los parques... bajo las estrellas
cuando relucen las lumbres de las fuentes...
Sombra... en los párpados cansados...
a la sombra, de la sombra de la muerte...

Nueva York, 1947.

VIANDANTE DE LOS DESTINOS

Camino camino de algas
de hierbabuena y de la luna,
camino que se encamina
hacia la buena fortuna...

Viandante de los destinos
de luz de verde y de curvas,
detente, mira en mi palma
la estrella que errante buscas...

Contóme el estero claro
muy quedo junto a la hiedra,
que en las noches sin estrellas
tienes tristeza de piedra...

Coligue que azota el viento
clavando espuela en el alba,
alas leves como soplo
de jinete arrebozado...

Camino, camino de algas
de arena lisa y de palmas
huellas que dejan las plantas
de sandalias descalzadas...



Teresa Vidal
(1951)

×

NOCHE DIAFANA

Si la noche nos abraza
y su obscuridad nos ciega;
Si el palpitar de los astros
nos encauza hacia otros sueños;
Si vagamos a sabienda
por los caminos del alma;
Si el corazón se malverza
cual un rayo el desvío;
Si su adiós encandila
nuestra noche sin orillas;
Si he de perderte de vista
en otras luces más diáfanas;
Quedaré en la otra riba
como una hierba cortada.
Vida que quiere perderse
y convertirse en la nada...

Nueva York, 1951



En torno a GONZÁLEZ VERA

Colaboración de *Amanda LABARCA H.*

González Vera

Ofrece exquisito deleite la lectura del último libro de José Santos González Vera: *Cuando era muchacho* (1). Un goce artístico a la vez que ético. Porque la obra traduce al hombre y la textura de ambos resulta excepcional. La frase cristalina ciñe al relato y éste transparenta a un ser extrañamente limpio de mal. Es un alivio, un tónico moral respirar su aura. No sabe de acritudes, envidias, rencores ni soberbias. Es un alma nazarena. Su infancia proletaria, su juventud zarandeada, la ausencia de habilidades para enriquecerse, circunstancias que a otros seres atormentarían hasta el desequilibrio, resbalan sobre su natural bondad.

Se afana por no engañarse ni inducir a engaño. Soy lo que soy. No lo dice así en parte alguna, pero es lo que resulta de su posición. Soy hombre y nada de lo que es humano es ajeno en mí, podría decir con el filósofo. No le atraen los oropeles ni le humillan las vanidades ajenas. Nada ni nadie podría rebajar el valor de su personalidad. En algún momento de su vida cribó los valores: apartó lo falaz, pasajero y epidérmico. Aquilató lo que fundamentalmente constituye el valor esencial del hombre y se dedicó a cultivarlo en sí mismo y a estimarlo en los otros. Ahora está en medio de la vida como un niño que es dueño de su infancia. ¿Quién se la podría arrebatar? En cualquier parte del mundo y en cualquier circunstancia, él continuará fiel a sí mismo. Y como carece en absoluto de soberbia, de su actitud fluye abundantemente aquello que llamó Stevenson la leche de la humana simpatía.

---

(1) Premio Nacional de Literatura de 1951. Chile.

Se bebe un aire de cumbres cuando se leen las páginas del libro. Lo que tan difícil es para otros, soterrados por balumbas de prejuicios y de falsas medidas de valores, resulta natural para este hombre, acostumbrado a buscar su autenticidad. Una lucidez extraordinaria, una inteligencia muy clara, una modestia franciscana, un natural señorío y una pulgarada de humorismo que no puede herir, porque no tiene más intención que la de colocar valores en el justo plano en que deben estar se unen para deleitar a quienes se regocijan de saber que la humanidad produce ejemplares como este.

El estilo. He aquí otra característica. Podríamos aplicarle el epíteto de funcional. Es como esos edificios modernos que basan su belleza en el acuerdo perfecto, entre los valores arquitectónicos con la función a que están destinados. Desnudo de todo ornato, de toda invitación a la retórica o a la ampulosidad. Austero, directo. Es como si el autor pretendiera que entre el concepto y la expresión no hubiese intermediarios. La técnica de sus relatos recuerda a veces a Tolstoi, a Baroja a Azorín e incluso a Sommerset Maugham, sin que pueda, en modo alguno, hablarse de imitación. Como ellos, González Vera se afana en huir del oropel literario, de los adornos, de la vaguedad, de lo hueco y campanudo. Su palabra traduce y no viste. Sobre la desnudez de la verdad, ni un solo manto, ni siquiera el de la fantasía. Sólo una vena de ironía sutil, que es la sal y la pimienta del libro, se interpone entre el ser y la expresión, como esas verdes y diminutas enredaderas nacidas silvestremente en los intersticios de la arquitectura artística.

Quien lo lee ingenuamente, acaso imagine que tal manera de escribir es el producto del menor esfuerzo. Nada más erróneo. Su frase ceñida y desnuda es la obra de un artista que se empeña por alcanzar una diafanidad tan extraordinaria como la de esas lámparas modernas de las salas de cirugía que no proyectan sombras.

Hasta aquí mi admiración sin reservas.

Pero este libro a mí me ha inducido a meditar. Me ha obligado a enfrentarme con mi propia concepción estética. ¿Constituye este estilo de González Videla el ideal de arte? ¿Es la suya una obra estética? Si el arte tiene por objeto provocar un goce espiritual, no hay duda; el libro lo produce, luego, podríamos concluir, es artístico. Yo dudo, sin embargo, que sea ese el único fin del arte. Y aquí aflora mi discrepancia. Me parece que el mundo que nos rodea es de n dimensiones, es decir, infinito. Cada cosa real es más que realidad, más que apariencia. Me explicaré con un ejemplo: esta mesa sobre la que escribo, constituye un objeto que el artista al describirla tratará de individualizarla para distinguirla de todas las demás. Pero ¿bastará eso? Posiblemente sí, si el artista no quiere entrar el *trasmundo*, a las n dimensiones de esta realidad. Por ser aparte de un medio humano, sobre esta mesa se refleja nuestra conciencia y sabemos que el tiempo ha vivido en ella dotándola de una historia. Acaso sobre sus tablas sufrió y esperó un ebanista desconocido, han puesto sus manos seres que dejaron de vivir hace ya mucho tiempo y ha formado parte del medio íntimo que a mí me rodea y que para mí tiene un significado peculiarísimo. El ámbito del hombre se diferencia del animal en que en el nuestro, a lo natural, añadimos la dimensión temporal: la historia, la huella de la sensibilidad humana. La realidad si se la concibe exclusivamente como material es incompleta. El mundo sin el trasmundo deja de ser humano.

En la obra de González Vera el trasmundo no existe. Es el mundo material el que le preocupa, el que describe con una acabada nitidez. Y para mí el arte tiene por finalidad no solamente producir un deleite estético si no también descubrir, insinuar, obligarnos a comprender el trasmundo que nos rodea, infinitamente.

Comprendo que esta es una apreciación personal. Puede que mi punto de vista no sea compartido por muchos. Yo mismo no me había preocupado de definirlo antes de leer *Cuando era muchacho*. He sostenido un diálogo con el autor y conmigo misma mientras leía sus páginas. Y a la postre he dicho: el hombre es admirable. Mientras más lo frecuento más lo respeto y lo admiro. Es una maravilla de bondad, de inteligencia, de sencillez y equilibrio. Pero no comparto su posición artística. Echo de menos en ella lo que para mí es esencial: el deseo de y la capacidad para evocar tras el mundo material el infinito trasmundo.

Santiago de Chile, 1951.

PUERTO RICO en su AMÉRICA

La estrategia para perpetrar el coloniaje

Colaboración de *Juan Antonio CORRETJER*

Ni había sido vencida Alemania ni ocurrido el crimen de Hiroshima. Es más. Todavía no era Roosevelt difunto. Y ya en marzo de 1945 el imperialismo yanqui tenía escrito su programa de avasallamiento del hemisferio americano. Ese programa fué presentado por el Subsecretario de Estado yanqui a las Repúblicas latinoamericanas en la tristemente célebre Conferencias de Chapultepec, México, en la forma del Plan de Clayton. Se le bautizó pomposamente con el estratoesférico nombre de Carta Económica de las Américas. ¡A grandes mentiras, grandes frases!

He aquí los rasgos predominantes de ese programa: la santísima trinidad de "comercio libre", "libre inversión" y "libre empresa" fué reclutada, uniformada y lanzada al ataque contra toda la América Latina para bien único de los plutócratas de Wall St. Veamos.

La cláusula sobre "comercio libre" reclama una baja mutua de tarifas entre las partes contratantes. La consecuencia efectiva y general de tal acuerdo abre el costado de las débiles industrias latinoamericanas a la artera competencia de las poderosas y bien organizadas industrias de Estados Unidos; mutila el desarrollo industrial latinoamericano y manca sus actuales industrias; restringe el comercio entre las naciones latinoamericanas y garantiza a Estados Unidos la parte mejor en el comercio del hemisferio.

Siendo Estados Unidos el único país entre los contratantes dueño de grandes capitales disponibles para inversión en el extranjero, la cláusula de la "libre inversión" surte en la práctica el efecto de la extensión de un permiso para que EE. UU. penetre con sus capitales en los países latinoamericanos de hecho y sobre la base de sus propias e impuestas condiciones.

En cuanto a la cláusula sobre la "libre empresa" se refiere, se trata de la realidad de una prohibición a la nacionalización de los recursos básicos latinoamericanos, forma única posible para evitar que los pulpos de Wall St. se los apropien.

El Plan añade una cláusula sobre promoción de la industrialización de la América Latina a base de empréstitos suministrados por el capital financiero yanqui. Truman, en su discurso inaugural de 29 de enero de 1949, levantó esta cláusula como una bandera mundial, llamándola "punto cuarto". El verdadero objetivo de este tipo de "industrialización" es seguir, en una forma más intensa, amplia y elaborada, la tradicional política colonial de establecer únicamente aquellas industrias que sirvan los intereses de los trogloditas de Wall St.

Este Plan ha sido condenado por una Conferencia conjunta de industriales y representantes de las uniones del trabajo en México con las siguientes palabras: *"El Plan de Clayton... no es más que un plan de dominación mundial para la abolición de la competencia y la libertad. Estados Unidos juega en el mismo el papel de metrópolis, mientras que los demás países son colocados en la posición de gobiernos satélites"*.

Las líneas militares de este plan de dominación hemisférica se esbozan principalmente en el proyecto de promediación de armas presentado desde octubre de 1945 por Estados Unidos a las naciones latinoamericanas mediante la Junta Inter-americana de Defensa. Se trata de la promediación hemisférica "del material de todas las unidades de las distintas fuerzas armadas y las facilidades para su producción". Ha de haber también medidas para establecer un sistema conjunto de servicio militar obligatorio, adiestramiento de oficiales e intercambio de oficiales y estudiantes militares. Tal plan no puede tener por objetivo más que poner en manos del alto mando militar yanqui todas las fuerzas armadas de la América Latina. En "Para Un Prontuario del Dólar", el argentino R. Arismendi comenta: *"Las fuerzas armadas de las veinte repúblicas centro y sudamericanas perderían su carácter nacional para convertirse en meras unidades del gran ejército y la poderosa armada yanqui. Nuestras necesidades de defensa nacional quedan relegadas a los objetivos internacionales de la estrategia de fuerza yanqui"*.

En lo cultural, el programa del imperialismo consiste en hacer tragar a los pueblos latinoamericanos su línea política a través de periódicos, gacetilleros, "columnistas", radiocomentadores, películas, pro-

gramas escolares y universitarios, y libros, usando los mismos medios demagógicos que usan para hacérsela tragar al propio pueblo de Estados Unidos. Esto es: diciendo que todo ello es necesario a la defensa hemisférica occidental y en general a la "democracia" y "felicidad" de todos los pueblos. A los "intelectuales" la dosis se les administra con la frambuesa del cosmopolitismo imperialista —esa confusión y sojución maliciosas de los valores nacionales a un internacionalismo de metrópolis y colonias.

La parte política de ese horrendo programa es tan profunda en sus alcances como las anteriores secciones. Está siendo escrita entre nosotros los latinoamericanos con sangre y penas. Va encaminada a aplastar todos los centros democráticos latinoamericanos, a forzar todos nuestros gobiernos a doblar dócilmente hacia una extrema derecha pronta a las órdenes de Wáshington. Para lograrle le es necesario realizar mil engaños e idear fantásticas elucubraciones políticas; enmendar tratados y constituciones; gastar millones en policías, espías y provocadores; destruir, si es necesario a sangre, fuego y prisiones, los centros básicos del patriotismo resistente; dividir y atomizar el movimiento obrero; cercar y diezmar a los capitalistas criollos.

Niegue, quien quiera, si puede hacerlo hablando la verdad, la presencia de todos esos factores de agresión imperialista en Puerto Rico. Pero a los que amamos la independencia de nuestra patria no nos basta con verlos y saberlos. Nos es necesario eslabonarlos y señalarlos como prueba evidente de cómo toda la política de gobierno es una síntesis apretada y nefasta de esa voluntad de imperio radicada en Wáshington. Como esta es la prueba mejor y la evidencia más notable de que Estados Unidos es el único soberano en Puerto Rico; de cómo la Ley 600 del congreso yanqui no es más que un simple detalle en ese *modus operandi* del imperialismo; de cómo los que la defienden no defienden interés puertorriqueño alguno, y de cómo los que la combatimos estamos, al combatirla, no sólo defendiendo, con nuestra independencia, los intereses más hondos y cordiales de la puertorriqueñidad, sino que también defendemos a la América Latina toda de la agresión imperialista de Estados Unidos, y a todas las colonias y semi-colonias del mundo en su lucha por la libertad e independencia. Porque, en América, hay muchas fuerzas estratégicas y tácticas de lucha antimperialista, y muchas más en el mundo. Pero el movimiento de la independencia de Puerto Rico es la punta de lanza del antimperialismo en América y frente antimperialista importantísimo en el mundo.

Guaynabo, Puerto Rico ,1951.

En busca suya,

buen cuentista de Centro América, y le rogamos enviar sus mejores trabajos y sus datos biográficos al Dr.

HUGO LINDO,

en San Salvador, El Salvador.

Son para una Antología que ha de traducirse al alemán. Se quiere que la compilación sea lo más completa posible.

Ayúdenos, pues. Busque su sitio, Ud. lo merece.

Política educacional...

(*Viene de la pág.* 231).

La influencia que los Estados Unidos han ejercido en América Latina ha sido superficial y precaria. Para ellos, el sistema educacional que poseen es magnífico, producto de la tierra arraigado en las capas telúricas de la personalidad, fermento de ideales y perspectivas infinitas de crecimiento y dominio. Para los pueblos de América hispana, en cambio, ese sistema educacional, arraigado prevalentemente en la técnica, la especialización, la cultura como plan desintegrado y modificable a voluntad según las contingencias del alumno, del profesor, de la localidad, de la vida episódica, no puede ofrecernos una pauta valiosa y atrayente. Muy por el contrario los ensayos pedagógicos que ya se han realizado en varios países revelan justamente que es vano todo intento de modificar la raíz de la vida espiritual de la juventud de Hispanoamérica ,cuya mismidad —como diría un Ortega y Gasset— es como una especie de *turris ebúrnea* que debe ser alimentada con los ideales y tradición de su estirpe... Es inútil que la fuerza expansionista conserve millones en regiones cuyas coordenadas espirituales son de otra índole y otra esencia. La colaboración es ciertamente necesaria, y ojalá que todo el mundo se pusiera al servicio del pueblo más pobre y reducido. Pero en perfecta compatibilidad con lo que él necesita y pueda utilizar. El funcionamiento de organismos estatales extranjeros dentro de las instituciones de un determinado pueblo hispánico, aun cuando tuviesen la mejor organización y aspirar a realizar los más hermosos ideales, en última instancia representarían una intervención y un evidente menoscabo tanto para el país intervenido como para el pueblo extranjero.

Restablecida Europa, han comenzado a florecer las artes, la ciencia, la filosofía, la técnica misma. No es un misterio para nadie que desde muchos aspectos se ha iniciado de nuevo la competencia que otrora por desgracia desencadenó conflictos armados de desastrosas consecuencias.

Pueden, por lo tanto, los países de habla hispana, tomar contacto con los centros de cultura auténtica supuesta a una política que nos benefició en exceso.

Por otra parte, estos pueblos han de comprender que nada se obsequia, que todo tiene su precio, y a veces demasiado elevado con relación a lo que reciba... Y esta vez puede ser que el precio sea justamente la pérdida de lo más sagrado que tienen los pueblos: la tradición espiritual forjadora de los ideales de las generaciones jóvenes.

Es necesario volver al sentido heroico de la vida, y lograr que cada pueblo hispanoamericano satisfaga, en cuanto le sea posible con sus propios recursos económicos, las exigencias de la formación de sus huestes juveniles... Aceptar es hipotecarse. Hipotecarse es perecer. ¿De qué vale entonces la existencia? La juventud de Hispanoamérica está alerta. Desea que no se menoscabe su destino y está dispuesta a defenderlo como su único y más noble patrimonio.

Horas con...

(*Viene de la pág.* 232).

ese hombre que reunía íntegros, desde la piel hasta lo más hondo del alma, los numerosos valores humanos que distinguen a nuestra gente. Era una figura exacta de ella: noble espíritu español en tez de sepia. Es lógico que cuando la barbarie motorizada de los Estados Unidos devasta nuestras tierras, sometiendo y deformando todas las manifestaciones de nuestro espíritu, Manuel Ugarte pasase, como ha pasado, de la vida a la muerte, solo, en silencio, ócultado, para que su nombre no levante, como no tardará mucho en levantar, la más dura acusación contra la espesa turba de lacayos que ahora se postran ante el imperialismo norteamericano. ¿Y qué? ¿Acaso no ha salido de esa nauseabunda mancha intelectual que ensucia nuestra geografía, por la pluma, si a un instrumento de vileza puede llamársele así, de un cierto Alejandro Sux, el ultraje póstumo, el grito de rencor y despecho que esa oscura turba no ha podido contener? Otros, solapando más cautamente su propia vergüenza, han dicho que Ugarte ha muerto cuando el problema que él denunció ha sido venturosamente resuelto por la "política de buen vecino" de Franklin Délano Roosevelt. No; cien veces, no. Ese "problema" que Ugarte denunció es hoy más ardiente, más sangrante y sangriento que nunca. Lo es, porque su inmenso volumen aplasta todo lo nuestro, porque su tremendo rodillo desgarra las carnes de nuestra gente y las entrañas de nuestro suelo, porque su creciente voracidad nos exige: ya nuestra propia sangre para defender y sostener su impulso dominador, porque la abyección que derrama en nuestro ambiente ha calado hasta el tuétano a muchas de nuestras capas intelectuales. Por esto, y por lo mucho que no cabe en estas líneas, es hoy más duro, más actual lo que Ugarte llamó "el peligro yanqui". Entre otras cosas, ya no es peligro, sino la humillada y oscuro realidad de nuestra miseria, nunca en la historia tan miserable como ahora.

Pero este ahora no es eterno ni aún de largo durar. Manuel Ugarte vió surgir y crecer "el peligro". Vió el proceso de nuestra servidumbre. Ya han nacido, tengámoslo por seguro, los hombres nuestros que forjarán la liberación. En la lucha por alcanzarla, esa unidad por encima de las divergencias ideológicas y del artificio de nuestras fronteras que hemos formado amistosamente aquí los últimos amigos de Ugarte tendrá que ser la condición del triunfo y la mayor gloria de su nombre.

México, D. F., Diciembre 1951.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Con éstos, muy recientes, se anuncia la benemérita Editorial LOSADA, en Buenos Aires (Alsina 1131):

En la magnífica serie *Biografías Históricas y Novelescas*:

F. C. Green: *Stendhal.* Traducción directa del inglés por Estela Canto.

("Es mucho más fácil generalizar sobre Stendhal —tras una ojeada a sus obras maestras— que seguirlo paso a paso en la evolución de su extraña y compleja mentalidad").

Francois Porché: *Verlaine tal como fué.* Traducción de Luis Echavarri.

Con datos hasta ahora poco o nada conocidos, con testimonios fidedignos a la vista, cuenta el autor la vida de Verlaine, sin retroceder ante lo que llama "las partes espantosas" de su existencia vagabunda.

Morton Dauween Zabel: *Historia de la Literatura Norteamericana.*

Desde los orígenes hasta el día. Sus maestros, tradiciones y problemas. Traducción del manuscrito original por Luis Echavarri.

Extraordinaria documentación y lucidez interpretativas. Concebido con la mente puesta en los lectores hispanoamericanos. Con retratos de los autores norteamericanos más famosos.

En la serie *Los grandes novelistas de nuestra época*:

Arturo Barea: *La forja de un rebelde.* I. *La Forja.* Novela.

¿Quién será este Arturo Barea? Famoso, merced al éxito de su trilogía autobiografico-novelesca *The Forge, The Track* y *The clash,* así en inglés, sin que hubiera aparecido antes en su original castellano. Porque se trata de un autor español contemporáneo no conocido.

La forja de un rebelde es una obra poderosa y excepcional.

*

En la misma Editorial LOSADA, y como obsequio de los autores que tanto les agradecemos:

María de Villarino: *La rosa no debe morir.*

Relatos con peculiar manera poemático-novelesca. Logra la autora argentina, tan apreciable, fundir en ellos ficción y lirismo, lo cotidiano y lo imaginario. Atmósfera de misterio y de sueño limitando con la realidad imprevista.

El pensamiento vivo de Joevllanos. Presentado por Augusto Barcia.

El autor, español de prestigio en la política, en las letras y en la historia nos presenta, y de qué modo, al insigne Jovellanos, uno de los precursores de las Españas. En su vida, en su obra, en las páginas escogidas que este libro contiene.

Pablo Rojas Paz: *Los cocheros de San Blas.* (Sangre y tinta). Novela.

El autor: uno de los valores más conocidos en la literatura argentina de nuestros días (novela, folklore, biografía). En *Los cocheros de San Blas* hay mucho de autobiográfico.

En esta novela se explican las tres maneras de ser frente a la vida: la misión, el destino y el compromiso. Algo serio: el drama del compromiso; por ejemplo: el compromiso de la sangre, que lo es de argentinos, de todos los hispanoamericanos. Y el compromiso de la tinta. Busque este libro: muy interesante. Agítelo antes de usarlo.

*

Señalamos dos textos de Lógica que hemos recibido, y cómo agradecemos el envío:

Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli: *Lógica y nociones de la teoría del Conocimiento.* Manual adaptado a los Programas de Enseñanza vigentes. (Duodécima edición, revisada y ampliada). Edición escolar. Espasa-Calpe, Argentina, S. A. Bs. Aires-México.

De esta *Lógica* dice el Sr. Marcos Victoria: "no vacilo en calificarla como el mejor texto de Filosofía publicado entre nosotros". Y el Prof. Velázquez Portuondo: "nos parece la más llena de vida de las que cooncemos en español .."

Edición en tela, escolar: m/n/a: $10.

•

La Editorial KAPELUSZ (Moreno 372-Buenos Aires), de tanto crédito en nuestra América, acaba de sacar:

Vicente Fatone: *Lógica y Teoría del Conocimiento.*

Responde estrictamente a los Programas de Quinto año de los Colegios Nacionales y de las Escuelas Normales.

Dice el autor: "He tratado de ser claro sin eludir los difíciles problemas que plantean tanto la lógica formal, como la teoría del conocimiento, como la metodología de las ciencias".

En tres partes. Con XXI capítulos y dos Apéndices: *La Logística* y *La lógica indostánica*).

*

La tan conocida y acreditada Revista SUR, de Buenos Aires, ha dedicado su Nº 200 (Junio de 1951) a la memoria de Bernard Shaw y André Gide. Colaboran en este homenaje muy buenas firmas. Tiene este Nº la distinción con que se presenta siempre la Revista SUR.

*

En otra revista de Arte y Crítica, también muy acreditada, *Babel,* Santiago de Chile, hallamos otro homenaje muy merecido a Sanín Cano, en sus 91 años cumplidos Colaboran también en este Nº 59 de *Babel,* Santiago de Chile, 1951, firmas muy acreditadas de América.

El conocido escritor Enrique Espinoza es el Director de *Babel,* dirección que ejerce con autoridad y destreza ejemplares.

*

Nos han llegado los dos primeros números del mensuario BOLIVAR, órgano del Ministerio de Educación Nacional de Colombia. Su director: Rafael Maya. Secretario de Redacción: Jorge Luis Arango.

Muy bien presentados, nos han causado la mejor impresión. Que se mantenga esa revista, como se mantuvo por diez años largos la anterior del mismo Ministerio: la celebrada *Revista de las Indias.*

En muy buenas manos queda *Bolívar.*

*

Atención de los autores, y muchas gracias por el envío:

Andrés de Piedra-Bueno: *Literatura Cubana.* Síntesis histórica. La Habana.

El autor es Miembro de la Academia Nacional de Artes y Letras y del Instituto Nacional de Previsión y Reformas Sociales, en Cuba. Muchas publicaciones útiles han salido de sus manos.

Esta síntesis histórica de la Literatura cubana está dedicada por el autor a sus alumnos de la Escuela Normal Rural *José Martí.* Está hecha con suma competencia y puede presentarse como un ejemplo que seguir en tantas Escuelas Normales como hay en Hispanoamérica, y en donde las letras patrias están casi ignoradas o mal entendidas. Y con las letras se construye Historia. La tradición literaria de Cuba es magnífica.

Con el autor: C. esq a Montalvo. Marianao. Cuba.

Anotemos: Ramón Alvarez-Silva: *Clepsidra.* Versos. Habana. Cuba.

"He aquí la biografía de una ausencia; la historia cotidiana de una tristeza, de una esperanza, de un ideal".